

La delincuencia juvenil: fenómeno de la sociedad actual*

René Alejandro Jiménez Ornelas

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

La violencia no es producida aleatoriamente, sino que parte de una cultura de conflictos familiares, sociales, económicos y políticos, y en general, del sistema globalizado que a su vez permea las diferentes formas de vida en la sociedad, donde los estilos de vida de los jóvenes son catalogados como formas de delincuencia. El objetivo de esos estilos de vida, sin embargo, sólo consiste en distanciarse culturalmente de una sociedad que los jóvenes no han fabricado. Víctimas de la discriminación social y excluidos de las decisiones importantes, muchos jóvenes carecen de planes o proyectos de vida, y son considerados incapaces de adaptarse al medio social, por lo cual toman la delincuencia como alternativa de sobrevivencia. El fácil acceso a las drogas, la falta de oportunidades de empleo, salud, educación y espacios para la cultura y el deporte, la desintegración familiar, la impunidad, entre otros factores, componen el contexto en el que nace y crece la juventud mexicana del siglo XXI.

Palabras clave: delincuencia juvenil, jóvenes, delincuencia, exclusión social, México.

Abstract

The juvenile delinquency: phenomenon of the current society

The violence is not produced of form random but it's born of a culture of familiar, social, economic and political conflicts, and as a rule of the globalization that at the same time permeates the different ways of life in the society, where the youths with their own life style are catalogued as delinquent, being their objective to create their world and be culturally estranged of a society that they have not manufactured, victims of the social discrimination and excluded of the important decisions they has been carried to a uncertain future and without plans or life projects, considerate unable to be adapted to the social means and taking as alternative to survive the delinquency as immediate solution to their needs. The easy access to the drugs, the lack of employment opportunities, health, education and spaces for the culture and the sport, the familiar breakup, the impunity, among other factors, integrate the context in the one which born and grows the Mexican youth of the XXI century.

Key words: juvenile delinquency, young, delinquency, social exclusion, Mexico.

Los seres humanos nos encontramos inmersos dentro de un proceso globalizador de las economías en el ámbito mundial, en el cual predominan bloques económicos como Europa, los países asiáticos y Estados Unidos, los cuales tienen gran injerencia en el resto del planeta. Esto, debido a que sus intenciones latentes concuerdan en que lo fundamental es

* En la elaboración de este trabajo se contó con la participación de Juan Carlos Soriano García, Guadalupe Quiroz Blancas, Noé Nava Ramos, Susana Bonilla Andrade y Lucía Mirell Moreno Alva.

subordinar a todos los hombres de las regiones o zonas para hacerlos fieles consumidores y abastecedores de materias primas.

La sociedad ha fomentado un excesivo individualismo y una consideración del individuo como mera unidad de consumo, pero escasamente ha brindado al individuo un tipo de vida en comunidad o ha ofrecido una escasa influencia en las decisiones de un entorno social.

En este fenómeno, los medios tienen un papel muy relevante, porque son los encargados de llevar los mensajes a todo el mundo, a todo ser humano. Ellos son en parte los responsables de unificar a la Tierra bajo los mismos parámetros ideológicos. Son los instrumentos socializantes más fuertes en la actualidad, pues han sustituido en gran medida la importancia que tenían los antiguos, tales como la escuela, la familia o la Iglesia.

Buscan crear al hombre de un mismo pensamiento, voluntad, y acción. Con esto, cabe decir que tal vez uno de los objetivos de los medios de comunicación (industria cultural) y de las industrias (empresas transnacionales) es hacer que cada individuo se vea envuelto en la necesidad ideológica de participar en el consumo de productos, práctica que los ideólogos denominan civilización y modernización a la que los pueblos deben sumarse para dejar de pertenecer al grupo de los marginados y pasar así a formar parte de los consumidores.

“El consumo genera identidades; intercambiamos productos para satisfacer necesidades que nos hemos fijado culturalmente, para integrarnos con otros y para distinguirnos de ellos” (Brito *et al.*, 1985: 53).

Ante esta situación, la violencia aparece como una forma de respuesta ante una frustración social. Este tipo de violencia puede ser también una consecuencia del profundo deterioro al que se ha llegado en un tipo de sociedad que ha puesto sus esperanzas en un mero crecimiento cuantitativo del consumo de bienes materiales y que apenas ha tenido en cuenta al individuo en su dimensión como persona socialmente integrada en una comunidad.

Esta problemática obliga a reflexionar sobre el fenómeno de la violencia y su relación con la juventud. Esta última se resiste a las transformaciones sociales de hoy, pues a lo movedizo que tiene de por sí la personalidad del adolescente en devenir, hay que añadir la incoherencia del mundo actual con sus propagandas, disensiones políticas y religiosas, y las contradicciones de los intereses económicos. Todo esto crea confusión y desorientación desbordante y trágica en la juventud. En tales circunstancias no todos los jóvenes son aptos para ver el mundo tal como es y aceptarlo insertándose en él, íntegra y generosamente.

Por lo anterior, algunos adolescentes y jóvenes aquejados de inmadurez persistente podrían convertirse en antisociales e incluso en delincuentes, si llegan a una particular situación de inadaptación. El adolescente realiza sus primeras tomas de conciencia personales y profundiza en sus sentimientos, ideas y creencias. Su postura ante el mundo adulto es de oposición y de desafío, y esta es una reacción necesaria de defensa de un ser que va tomando las riendas de su existencia.

Además, la actual sociedad industrializada, urbana y consumista —con todo lo que ello comporta: ideología del bienestar, carrera del lucro, primacía del tener sobre el ser, crisis de la familia, soledad, anonimato— es la que segrega la violencia. Ya que, como sociedad de consumo, alimenta deseos o aspiraciones y despierta esperanzas que no puede satisfacer; mientras margina del proceso de producción y de consumo, excluye y discrimina a gran número de personas, clasificando y haciendo de ellas unos inadaptados y rebeldes; pero sobre todo, tiende a destruir los valores morales.

En realidad, cuando la sociedad actual exalta como valores supremos de la vida al placer y al dinero, cuando aplaude el éxito y la riqueza, obtenidos por los medios que fueren, cuando desprecia al hombre honesto como a un ser débil que no es capaz de hacerse valer mientras exalta al fuerte que prevalece sobre los demás con astucia y con violencia, no habría por qué maravillarse de que algunos jóvenes sientan la tentación de recurrir a la violencia para ganar con facilidad y rapidez mucho dinero.

La vida actual origina violencia y agresividad, más aun cuando en un espacio invariable aumenta mucho la población, pues esto genera aglomeraciones y desorden en las grandes urbes, con el cortejo de desagradables complicaciones que llevan consigo: prisa, falta de tiempo, tensión, vida compleja, falta de comunicación afectiva, etc. Si añadimos a esto la anomia, la hipocresía social, la creación consumista de necesidades artificiales, la doble moralidad, etc., comprenderemos que en unas circunstancias de vida tan frustradoras tenga que surgir la violencia y la agresividad como medio para sobrevivir.

La violencia casi siempre lleva consigo la opresión y la injusticia.

¿Qué es entonces la violencia?

El uso injusto de la fuerza —física, psicológica y moral— con miras a privar a una persona de un bien al que tiene derecho (en primer lugar el bien de la vida y la salud, el bien de la libertad) o con miras también a impedir una acción libre a la que el hombre tiene derecho u obligarle a hacer lo contrario a su libre voluntad, a sus

ideales, a sus intereses. Por lo tanto, no puede llamarse violencia a cualquier uso de la fuerza, sino sólo a un uso injusto que lesione un derecho (Izquierdo, 1999: 19).

Así pues, para que haya violencia, se requieren dos factores: uso de la fuerza y violación de un derecho.

La violencia es un fenómeno totalizador e indisolublemente relacionado con la historia de la existencia humana, que consiste en “el uso de una fuerza abierta u oculta, con el fin de obtener de un individuo, o de un grupo, algo que no quiere consentir libremente” (Domenach, 1981: 36).

La violencia semeja la acción estratégica que orienta la fuerza física con la intención de someter o delimitar la elección de las posibilidades de actividad de los dominados.

Etimológicamente, la palabra violencia deriva del latín *violentia, vis maior*, fuerza mayor, ímpetu. Según el diccionario, es la fuerza o energía desplegada impetuosamente. En el origen, pues, el concepto de violencia denota una realidad moralmente neutra; la calificación que uno puede hacer de ella dependerá del uso o abuso de esta fuerza.

El violento puede serlo con los que conviven bajo su mismo techo. La violencia está presente en las calles, estalla entre los conductores y los transeúntes, entre los viajeros que usan un mismo transporte público, entre los vecinos de la misma escalera. La violencia verbal o gestual brota a menudo en la tienda, en el taller, en la oficina, en el despacho o en la escuela. Y en la mayoría de los casos, los motivos que desatan estos comportamientos violentos, si se miran desapasionadamente, son mínimos, insignificantes, ridículos. Lo que pasa es que son como chispas que encienden el ambiente tenso y crispado a que nos aboca el ritmo trepidante y angustioso de nuestro tiempo.

Sin embargo, la violencia es un fenómeno que no está vinculado exclusivamente a la obtención de bienes o a la satisfacción de necesidades, más bien involucra al propio ser del hombre y no significa necesariamente terror, destrucción o aniquilación física del otro, sino el despliegue de estrategias de coerción para conseguir lo deseado.

Entre centenares de definiciones posibles, la violencia se perfila como la actuación contra una persona o un colectivo empleando la fuerza o la intimidación. De cualquier manera, las descripciones no son neutras, pues llevan consigo un componente subjetivo que depende de los criterios utilizados, tanto jurídicos como institucionales o personales. Por eso se puede afirmar que no hay un criterio universal de la violencia; cada sociedad tiene los suyos propios. Una visión histórica sobre la violencia demuestra que ésta no se circunscribe

únicamente a las grandes expresiones como la de la guerra. La violencia ha sido un elemento sustancial de toda la humanidad, ya en sus relaciones políticas, ya en las sociales y personales. Algunos han creído ver en ello la declaración de la agresividad presente en la naturaleza humana como una característica más relacionada con los instintos. Otros, en cambio, opinan que la violencia tiene marcados componentes sociales e incluso culturales.

Ahora bien, que la violencia sea o no innata es de poca importancia. Pero sí importa que la sociedad haga algo por orientarla en su verdadero sentido, por canalizarla como energía de algún modo útil, por prevenirla cuando sea nociva, en todo caso, por contenerla dentro de unos límites tolerables. Sufrimos la violencia inmisericorde de las gentes que no dejan vivir en paz a los demás. La gran mayoría de los seres humanos controla su agresividad, pero unos pocos inadaptados se están haciendo los dueños de las calles y de la noche, de los parques y hasta de las casas ajenas. Pequeños grupos, bandas, forajidos y delincuentes, amedrentan y asustan a los ciudadanos.

Debido a la generalización del fenómeno de la violencia no existen grupos sociales protegidos, es decir, la violencia no es específicamente un problema de pobres o clases sociales marginadas, ni de confrontaciones raciales, económicas o geográficas, sino que la violencia puede acentuarse por género, edad, etnia y clase social, independientemente de si se es víctima o victimario; es decir, la violencia responde a realidades específicas.

Hay que destacar que la violencia, aunque en muchos casos este asociada a la pobreza, no es su consecuencia directa, pero sí es resultado de la forma en que las desigualdades sociales —la negación del derecho a tener acceso de bienes y equipos de entretenimiento, deporte, cultura—, operan en la especificidad de cada grupo social, desencadenando comportamientos violentos. Así pues, la dependencia, la pobreza y marginación no necesariamente generan delincuentes, pues influye también el desarrollo material, individual y social, aspectos que derivan en la vida de los individuos que, al no contar con opciones o alternativas para obtener los ingresos necesarios para mejorar su calidad de vida, están dispuestos a cometer delitos.

Relación jóvenes y sociedad

La juventud es en parte definida a partir de un periodo en la vida biológica de los individuos. Esto conduce la mayor parte de las veces a asociar a la juventud con una etapa cronológica en la que hombres y mujeres transforman sus

características biológicas, abandonando así su etapa infantil. Se trata de una situación transitoria, en la que el individuo deja de ser considerado como niño, sin que alcance el estatus o desempeñe papeles y funciones de adulto. La juventud, entonces, es una etapa donde los individuos comienzan a entrenarse ejerciendo ciertos derechos y cumpliendo obligaciones que un adulto no podría soslayar en su interacción con los demás.

Si se considera a la juventud como una etapa del desarrollo individual que mira hacia adelante, etapa en la cual los individuos construyen una identidad personal, se sabrá que esa actividad generará a su alrededor elementos simbólicos que permiten el reconocimiento de su individualidad, pero también su pertenencia a un género. En ese sentido, Giddens se refiere a la juventud como una etapa de los individuos en la que tratan de copiar las formas de los adultos, pero son tratados por la ley como niños. Puede que estén obligados a trabajar o quieran trabajar, pero deben ir al colegio. Sin embargo, no se trata solamente de un periodo en la socialización del individuo donde el que fue niño copie las conductas de los adultos, sino además, que represente la capacidad para distinguir expresiones concretas de la etapa adulta.

De tal manera que la juventud representa un periodo en el que la construcción de la personalidad del individuo se somete a una doble presión social en la medida que la cultura proyecta dos modelos de ser: uno apunta a la comprensión de las conductas adultas, y otro a los patrones genéricos, masculino o femenino.

Conforme se advierte que la conducta de los jóvenes es normada por los patrones sociales establecidos para una edad determinada, se confirma que los individuos ya introyectaron los valores, principios y conductas esperadas socialmente para interrelacionarse con los otros. De esa manera, la sociedad comienza a conferirles el estatus de jóvenes que han madurado, y estatus de joven adulto, es decir, un individuo que va aprendiendo a ser responsable.

Por otra parte, la juventud, como diferencia arbitraria entre la infancia y la edad adulta, refleja los niveles de conflictividad social que encierran las relaciones generacionales. Para Bourdieu,

se trata de un proceso social mediante el cual las generaciones más avanzadas construyen a través de la cultura unos patrones de conducta y un papel, que impide a aquéllos que han sobrepasado la etapa infantil (jóvenes), que prometan hacerse de las habilidades y recursos para ser autónomos, y así accedan al poder (Bourdieu, 1990: 163).

Visto de esta manera, la juventud aparece como el límite que impide a los jóvenes incorporarse, en igualdad de circunstancias, a las estructuras de poder o de manera más real, al mercado de trabajo. De esta forma se entiende mejor por qué en la juventud recae un estigma, pues es indudable que esa etapa del desarrollo individual parezca como una permisible irresponsabilidad provisional.

Por otra parte, resulta muy importante advertir que el choque generacional no sólo se refleja en el monopolio sobre los elementos materiales del poder, como es el dominio que tienen los adultos en las actividades que permiten el acceso a la toma de decisiones y al dinero. Son precisamente los adultos quienes aparecen como sinodales en el proceso de socialización de los jóvenes, pues señalan los estereotipos ideales que la sociedad espera de sus hombres y mujeres.

Toda sociedad necesita construir y construye un determinado tipo de sujeto social, el adecuado para el mantenimiento y reproducción del sistema estructural que lo forma, utilizando para ello las diferentes instituciones que confluyen hacia el objetivo buscado (escuelas, iglesias, medios, etc.), cada una de las cuales adquiere carácter hegemónico en distintos momentos del proceso histórico (Guinsberg, 1999: 14).

De tal manera que los adultos se constituyen en emisarios de la cultura tradicional que se resiste a la transformación de los papeles sociales.

Ahora bien, las condiciones que dieron origen a la juventud como categoría social, ligadas al desarrollo de las condiciones de producción, dieron lugar a un paradigma de juventud que la visualizaba como una etapa de formación para su futura inserción en las estructuras formales de la sociedad, sobre todo a la esfera productiva. Esta concepción reduce el significado de la juventud exclusivamente a su carácter de relevo generacional de la fuerza de trabajo, de allí que:

Ahora el concepto de juventud ya no puede utilizarse con referencia a un solo tipo de joven, pues las representaciones juveniles se han multiplicado de tal manera que el concepto ya no se circunscribe exclusivamente a los estudiantes varones de clase media de los sectores urbanos; ahora representaciones juveniles abarcan en buena medida a los sectores populares, a los marginales, a las mujeres e incluso a los campesinos, donde se consideraban prácticamente inexistentes.

El paradigma de la juventud, como un proceso del apresto de los jóvenes para lograr su plena y funcional inserción en las estructuras formales de la sociedad, no responde de manera adecuada a nuestra realidad. Este paradigma es excluyente,

ya que deja de lado a una gran cantidad de representantes juveniles. La cotidianeidad nos muestra que la sociedad no está creando los espacios suficientes para los jóvenes; no cuenta con la capacidad suficiente para albergarlos y se está convirtiendo en su enemiga.

La juventud es un algo que actualmente toma muchas formas, adquiere distintos sentidos y significados, y obliga a pensar no en una sino en varias y diferentes realidades juveniles que están conectadas entre sí, generando identidades únicas, formas de comportamiento, lenguajes y pensamientos adecuados a los contextos en donde se desarrollan los jóvenes. Es el periodo de la vida en que se pasa de una existencia receptiva a una existencia autónoma y personalizada. Se trata de un tránsito difícil y de graves consecuencias para el futuro. Aquí, en esta encrucijada, se fraguan o se malogran muchas metas y éxitos del futuro.

La situación de extrema pobreza en que viven grandes núcleos de población en los países de América Latina, incluyendo México, nos muestra una imposibilidad estructural de inserción de muchos jóvenes en las estructuras formales de la sociedad.

De ahí que los jóvenes y su identidad se construyan mayoritariamente por fuera de la formalidad social, de esta manera, la identificación con los objetivos y valores culturales dominantes resulta compleja, ya que la identidad social de una gran mayoría de jóvenes de los sectores populares no se constituye como clase trabajadora, ni como estudiantes, ni mucho menos como ciudadanos de grandes metrópolis.

Tal parece que la excepción se está convirtiendo en la regla, por lo tanto, ahora será más preciso hablar de un proceso de deserción social que de inserción social, pues los jóvenes están desertando de la escuela, de la familia, del trabajo formal, etc. En una palabra, de las instituciones. En este sentido podríamos decir que las identidades juveniles se constituyen básicamente por fuera de la formalidad social, porque no se identifican con sus objetivos y los valores dominantes. No obstante, existe un proceso contrario que contribuye a la formación de identidades en convergencia con los objetivos y valores dominantes. Este proceso se da por medio del consumo y la industria cultural. De ahí que la situación actual obligue a hablar de identidades juveniles, que se conforman por distintos factores.

Según Carlos Monsiváis:

La variedad de comportamientos (juveniles) se relaciona con tradiciones históricas y culturales, con desesperaciones y angustias diferentes, con formaciones

diametralmente opuestas, con ideas de la nación escasamente relacionadas entre sí, con diferentes oportunidades de inserción en la sociedad (Brito, 1985: 106).

La sociedad contemporánea experimenta cambios significativos. Ahora el consumo rige a la producción, adquiere gran peso en la sociedad y se constituye en el origen y el fin de la misma; adquiere carta de “racionalidad económica”. La sociedad del capitalismo salvaje encuentra su racionalidad en el consumo más que en la producción. Para las nuevas generaciones, el trabajo ya no constituye un posicionador de estatus, es, a lo más, un medio para tener una capacidad adquisitiva que les permita insertarse en la órbita del consumo, de la ética calvinista hemos pasado a la ética consumista.

La comercialización a gran escala ha generado una industria cultural, en donde muchos jóvenes de clase media y de los países industrializados han consolidado su identidad como generación. Ciertamente, el consumo constituye uno de los principales factores que generan identidades juveniles. Sin embargo, los consumidores no son seres pasivos que asumen dócilmente los modelos de consumo postulados por los medios, entre ellos existen mediaciones. Los procesos culturales son también proceso de digestión, en el que los nuevos productos se cotidianizan, se resignifican y se incorporan al universo simbólico con el que se vive.

La incorporación de los jóvenes a la cultura se da de manera diferenciada, las identidades juveniles no las determinan únicamente el consumo y la industria cultural, sino que existe un proceso de reapropiación y de resignificación en donde los jóvenes definen sus identidades por sus propias experiencias cotidianas, por sus acciones grupales y las distancias existentes entre su realidad cotidiana y los satisfactores posibles.

Para Navarro Kuri, la condición juvenil exige un reconocimiento, tanto en su especificidad social como en sus producciones; como jóvenes, exigen ser reconocidos como sujetos activos de sus destinos sociales... “lo joven de calificativo genérico pasa al estatuto de sujeto que, como tal, demanda legitimidad y participación en la decisiones sociales, políticas, culturales y morales”.

Como puede verse, la historia del concepto y la categoría social de ‘juventud’ depende mucho del contexto social. Ahora bien, si se quiere ver en términos de rango, por ejemplo, en el caso de México, la ley publicada en el Diario Oficial de la Federación el 6 de enero de 1999 define y aplica una política nacional de juventud para los habitantes de entre 12 y 29 años de edad, marcando de esta forma un rango para considerar la edad que permite considerar a un joven como tal.

La relación entre juventud y sociedad ha sido a lo largo de la historia una relación ambigua y contradictoria desde siempre; en todas las épocas, aunque con distintas intensidades y acentos, ha habido un enfrentamiento, tácito o manifiesto entre juventud y sociedad. Es una larga historia de rebelión y de sometimiento, de subversión y de conformismos, de absentismo y de adulación, de silencio y de protesta, de violencia y pasotismo (Izquierdo, 1999: 20).

Es obvio que la juventud ha sido descuidada en la formación de su personalidad con valores culturales, sociales y éticos que en tiempos todavía recientes se consideraban imprescindibles. Y aunque el joven lucha por la conquista de su libertad, pronto cae en la cuenta de que se encuentra sumergido en el tedio consumista de una sociedad materializada e injusta desde sus planteamientos, centrada en la preocupación desmesurada por la obtención de bienes materiales sin temor a que la persona sea atropellada o excluida.

La sociedad actual es la sociedad de la tentación, que potencia la manipulación publicitaria y la escalada del erotismo, con esto el joven, en vez de conquistar su libertad, ha perdido el sentido real de la vida.

Ya desde hace años, todo un montaje publicitario y comercial se viene encargando de vender lo joven como artículo muy rentable. Por ejemplo, en los últimos tiempos, la publicidad ha penetrado más en la masa juvenil. Las modas, las actitudes, las formas de comunicación, las costumbres, la religión, los cambios en los valores, los derechos, la estructura económica, se están homogenizando para el beneficio, preservación y progreso del sistema capitalista actual. Y quien no entre dentro de los parámetros que dicta tendrá que ser excluido.

La juventud ha sido amamantada en el escándalo de las malas costumbres, en el miedo al sacrificio, en la búsqueda de lo material sin esfuerzo, en la renuncia a la austeridad y en la incapacidad para la renuncia. Es inicua mente explotada por empresas comerciales que lanzan atuendos y vestimentas rápidamente envejecidas, formas de vida desordenadas, literatura barata y embriagadora que asegura el dominio de los intereses sobre el de los ideales, el de los instintos sobre la reflexión.

Muchos jóvenes inician su primera andadura repleta de optimismo, llenos de ilusiones, dispuestos a sembrar de amor el mundo entero; después caen fácilmente en la trampa que les tiende la misma sociedad: dinero, poder y sexo.

Ante este panorama, los jóvenes se sienten en la sociedad extraños, solitarios y carentes de futuro, cansados de palabras vacías que suenan a rutina, desorientados por unas transformaciones socio-políticas llenas de desesperanza,

que han puesto en evidencia la flaqueza en la fe de muchos y descendientes de una generación marcada por un ritualismo inoperante, pero al mismo tiempo sedientos de trascendencia, hambrientos de espiritualidad y abiertos al misterio, la juventud corre el riesgo de inventarse sus propios ídolos.

La iniquidad tiene sus raíces en los patrones de exclusión, en la discriminación social basada en rasgos poblacionales y en los sistemas de privilegios. A pesar de que la Constitución Política mexicana consagra el ejercicio de los derechos en igualdad de condiciones para todos los ciudadanos mexicanos, la brecha entre diferentes grupos de población en el acceso a todo tipo de recursos y en el control sobre éstos es muy profunda.

Pero, más allá de la dramática desigualdad en la distribución de ingresos, que deja en condiciones de miseria a gran parte de la población, existe una exclusión social manifiesta a través de disparidades agudas en los niveles de poder y reconocimiento social, de participación política, de libertad individual, de educación, de salubridad y expectativa de vida, de seguridad personal, de organización colectiva y de acceso a servicios básicos, entre muchas otras desigualdades que afectan de manera importante a la población joven. Los patrones de distribución de todos estos recursos sociales son determinados fundamentalmente de acuerdo con un criterio poblacional. En otras palabras, la posición relativa de ventaja o desventaja social depende, sobre todo, de atributos de tipo poblacional como el género, la edad, la etnia y la cultura, en relación dinámica con su ubicación territorial.

Los jóvenes, principalmente, son un sector de la población que es discriminado y excluido tanto por otros jóvenes con características diferentes, como por la población en general. El pertenecer a cierto grupo en el que se comparten ideas, formas de vestir, música, lugares que frecuentar, tipo de escuela hace que exista una diversidad de expresiones y grupos juveniles que no sólo indican una forma de vestir sino también de ser. Esta diversidad hace que muchas veces los jóvenes sean discriminados y hasta violentados debido a su apariencia, ya que es vista en ocasiones como sinónimo de violencia y delincuencia.

Mediante estas operaciones ser joven equivale a ser peligroso, drogadicto o mariguano, violento; se recurre también a la descripción de ciertos rasgos faciales o de apariencia; por ejemplo, se dice: “dos peligrosos sujetos jóvenes de aspecto cholo”, “el asaltante de cabello largo y rasgos indígenas”. Entonces, ser un joven de los barrios periféricos o de los sectores marginales se traduce en ser violento, vago, ladrón, drogadicto, malviviente y asesino real o en potencia (Reguillo, 1999).

Por ejemplo, la irrupción de las expresiones juveniles se ha presentado en un clima social definido por el incremento mundial de la violencia, lo cual ha llevado a estigmatizaciones recurrentes sobre los movimientos juveniles, principalmente contra aquéllos protagonizados por los jóvenes de las clases populares.

Exclusión y discriminación social, una causa de violencia juvenil

Los jóvenes son discriminados en diferentes ámbitos, por ejemplo, en el ámbito laboral, la mayoría de los empleos indican como requisitos que no se tengan perforaciones, tatuajes, cabello largo en los hombres, que no provengan de escuelas públicas (esto tuvo un mayor auge antes y durante la huelga de la UNAM, en 1999, periodo durante el cual se señalaba que no se admitían egresados de dicha institución), etcétera.

También varios centros nocturnos o llamados antros restringen la entrada a ciertos jóvenes, por ejemplo, si son morenos, por el tipo de ropa, si no llevan moto o automóvil, si no cumplen con las características impuestas o que van en contra de las políticas del lugar.

De la misma forma, en algunos centros comerciales, como Perisur y Santa Fe, se ha observado que existe una gran discriminación hacia los jóvenes que van en grupo, sobre todo si pueden ser identificados como *punks* o cholos, o que pertenecen a alguna clase social baja; de inmediato son detenidos y expulsados del centro debido a que se les considera proclives a cometer algún robo en las tiendas o daños dentro del inmueble.

La no aceptación y poca tolerancia hacia los grupos restringidos, como los *punks* de la ciudad de México, marcan un intento de segregar y eliminar cierto tipo de prácticas culturales propias de microuniversos sociales.

Las formas del habla relacionadas con la acentuación, la velocidad y la rítmica marcan un sentido de identidad y de procedencia, ya que la propia geografía del país ha permitido diferenciar a sus habitantes en centro, norte y sur. Baste con escuchar alguno para notar las diferencias culturales que no sólo pondrán en evidencia las formas que adoptará el segregacionismo que se practica en México, sino que marcarán fronteras, a manera de límites entre diversos rasgos identitarios característicos de una u otra región del país. Los jóvenes no sólo son discriminados por el resto de la sociedad, sino también por

otros jóvenes que no comparten ciertas características o rasgos físicos, culturales, sociales o religiosos.

En nuestro país, los jóvenes han sido un sector de la población marginado en todos los aspectos. El hecho de que su comportamiento, sus expresiones o su rebeldía no sean tolerados por la sociedad los ha llevado a expresarse de diferentes maneras, principalmente por medio de manifestaciones artísticas, por ejemplo el *graffiti*, la pintura y la música. Pero no solamente al hablar de jóvenes se alude a aquéllos que pertenecen a alguna expresión juvenil como los *punk*, cholos, etc; es decir, no se trata de generalizar, sino también se habla de todos aquéllos que son excluidos y discriminados solamente por su condición de joven, por su condición social, el sexo, el color de la piel, la religión, el estado civil, las orientaciones sexuales, el nivel educativo y el tipo de escuela (si es privada o pública), la ocupación, los gustos musicales, los gustos en el vestir, etcétera.

Sin duda alguna, el deterioro de las instituciones que ofrecen educación pública y trabajo, la crisis de las instituciones políticas y de las propias instituciones sociales comunitarias son el contexto de realidad para los jóvenes de hoy. La sociedad formal ya no les ofrece opciones.

Debido a que el problema de época no es el proceso de cambio social, sino el de exclusión y la discriminación con que dichas transformaciones operan a nivel de las nuevas generaciones, las aspiraciones de ascenso en la escala social se ven socavadas por la crisis y la reconversión de los mercados y el progresivo deterioro de la calidad y el prestigio social que brinda la educación formal. Ser joven y tener un título ya no son condiciones que garanticen un camino de progreso.

Los nuevos usos tecnológicos y las restricciones de calificación que presenta el mercado de trabajo afectan de manera especial a los jóvenes. Lejos está el sistema educativo de poder brindar salidas profesionales de acceso universal en favor de las nuevas generaciones.

El empleo, aunque informal o precario, es en general escaso y de acceso privilegiado; pero mucho más improbables y restrictivos son todavía los ámbitos ocupacionales capaces de brindar un ingreso digno, estabilidad laboral, formación profesional y desarrollo personal para los jóvenes.

Para muchos adolescentes y jóvenes, la mendicidad, las actividades ilegales y el desaliento social constituyen verdaderas estrategias de vida y únicas opciones de realización personal y colectiva en un contexto económico y cultural cada vez más hostil para determinados perfiles sociales.

En cualquier caso, resulta evidente que existen cada vez mayores dificultades inerciales para que los jóvenes accedan a una educación de calidad y a la altura de las exigencias formativas que impone la tecnificación y la modernización alcanzada por la estructura productiva actual.

Para la mayoría de los jóvenes expulsados del sistema educativo, su principal expectativa es acceder a un empleo precario; y la mejor, el poder mantenerlo el mayor tiempo posible bajo cualquier condición.

Estos y otros elementos hacen que al referirnos a los jóvenes se haga especial mención a la exclusión social, vista como una manifestación de la violencia. Ser joven ya no forma parte de un imaginario de prosperidad social o progreso personal, sino que constituye una condición que muy probablemente deriva en una nueva forma de marginalidad e injusticia, ya que viola el derecho a una vida digna.

Estos jóvenes deben afrontar el desaliento o la imposibilidad de estudiar; a la vez que deben responder a la presión de proveer ingresos familiares o asumir responsabilidades domésticas.

Siguiendo esta trayectoria, son muchos y variados los testimonios que muestran cómo los jóvenes de los sectores populares hacen trabajos de cualquier tipo con el único objetivo de apoyar la mera supervivencia, sin otra perspectiva ni oportunidad. Cuando pueden, recurren al grupo familiar con la esperanza de seguir estudiando; la mayoría de las veces no tienen alternativa y están obligados a dejar los estudios para aceptar cualquier trabajo; muy temprano enfrentan el desempleo y luego el desaliento, y más tarde o más temprano se encuentran ante las actividades ilegales que ofrece la marginalidad urbana como única posibilidad de movilidad social.

Las mujeres, tempranamente embarazadas, sin dejar de atender la reproducción del hogar, se enfrentan a la obligación de tener que aportar ingresos, trabajar, mendigar o generar alguna actividad informal bajo condiciones de alta autoexplotación; sin ninguna expectativa de desarrollo personal. En el mejor de los casos, estos jóvenes suman mano de obra barata y flexible al mercado. La mayoría de los hogares de estos jóvenes no pueden escapar de la pobreza, y sólo pueden sobrevivirla en el marco del asistencialismo público, de la informalidad social y económica o a través de actividades no legales.

De esta manera, sin trabajo, sin redes de contención, sin las habilitaciones educativas y sociales exigidas por el mercado ni oportunidades para obtenerlas, estos jóvenes quedan fuera de la sociedad formal y se refugian en las estructuras invisibles de la pobreza y la marginalidad. Finalmente, tanto el mercado como

el orden social oficial sospecha de ellos, los persigue y los juzga, ejerciendo violencia contra su persona y su identidad, etiquetándolos en el mayor de los casos como posibles delincuentes o delincuentes.

Las inhabilitaciones que imponen la desigualdad social y la crisis de oportunidades afectan especialmente a aquellos hogares de escasos recursos materiales, afectados por la desocupación y la descalificación social, y en donde las redes familiares, comunitarias e institucionales de integración están seriamente debilitadas o son inexistentes.

Es en tales hogares donde se sufre más directamente la desvalorización del capital material, social y cultural acumulado por anteriores generaciones, y en donde, finalmente, la posibilidad de delegar dicho capital a las nuevas generaciones de jóvenes se torna en un hecho prácticamente imposible. El hecho genera así un efecto multiplicador: la reproducción intergeneracional de la exclusión como un fenómeno cada vez más generalizado.

Al respecto, parece pertinente destacar que tanto las aspiraciones como las posibilidades de integración de los jóvenes de hoy —igual que para otros sectores— se ven socavadas por un proceso más general de exclusión y desigualdad cuyos componentes fundamentales merecen ser precisados:

1. Escasez de las oportunidades de empleo, los cambios que experimentan las relaciones laborales y de mercado, y su impacto sobre los ingresos, las condiciones de trabajo y la seguridad social.
2. La fragilidad de las redes sociales de contención, reciprocidad y protección, con referencia específica al cambio de rol de las instituciones del Estado responsables de la provisión de servicios sociales, los cambios en la configuración familiar, los procesos de desintegración de las redes barriales.
3. El creciente predominio de símbolos y reglas de discriminación, segregación e inhabilitación que definen en forma desigual la estructura de oportunidades, éxitos y fracasos sociales.

Pero estos argumentos no sólo permiten caracterizar más concretamente la actual problemática juvenil, sino que también deben servirnos para reflexionar sobre cuál va a ser el futuro próximo de estas generaciones y de sus descendientes, igual o mayormente enfrentados a ambientes institucionales, familiares y comunitarios de exclusión.

Como puede observarse, existe una situación de vulnerabilidad sobre los jóvenes, aunado a ello se encuentran turbulentas condiciones socioeconómicas

en varios países, lo que ocasiona una gran tensión entre los jóvenes, agravando directamente los procesos de integración social, y en algunas situaciones fomentando el aumento de la violencia y la criminalidad.

La situación en México

Desde una perspectiva estructural, el problema se expresa en mayores dificultades para continuar en forma exitosa el sistema educativo y, por consiguiente, en los crecientes obstáculos para acceder al mercado de trabajo moderno, lo que entre otros efectos termina complicando la formación de núcleos familiares propios y las probabilidades de movilidad social futura.

De esta manera, la heterogeneidad de la demanda conlleva a una oferta de calificaciones y oportunidades segmentadas. Por lo mismo, la trayectoria educativa y la experiencia del primer empleo han dejado de ser el camino compartido que permitía formar una identidad profesional y la garantía de una movilidad social ascendente en la vida de los jóvenes; es decir, tales instituciones parecen haber perdido su centralidad como ámbitos de integración simbólica y real de los nuevos jóvenes a la sociedad. Todo lo cual ha ayudado a generar una heterogénea estructura de opciones, intereses y estrategias alternativas, a la vez que variadas y complejas cosmovisiones por parte de los jóvenes.

El campo educacional ha perdido su función tradicional como ruta común hacia la identidad social en la vida de los jóvenes; es decir, ha desaparecido su centralidad como ámbito de interpretación e integración simbólica, de estructuración de proyectos y expectativas de vida.

Al respecto, estudios realizados muestran la validez empírica de los siguientes argumentos:

1. No sólo hay actualmente más jóvenes en general, así como más jóvenes pobres en particular, sino también es mayor la probabilidad de que tales grupos poblacionales pertenezcan a hogares que presentan escasas oportunidades de integración familiar y social. Esto último cabe vincularlo al hecho de que es mayor la probabilidad de que hogares particulares registren alto riesgo ocupacional, económico y demográfico.
2. El mayor déficit educacional y ocupacional ha multiplicado las probabilidades de que los jóvenes de sectores de bajos recursos enfrenten situaciones de exclusión social en términos de no poder continuar estudios ni tampoco obtener un empleo. Los jóvenes socialmente excluidos

han aumentado cada vez son más pobres y generalmente provienen de familias donde se produce violencia familiar.

3. La frágil o deficitaria integración social que padecen actualmente los jóvenes no puede ser de ninguna manera atribuida a cuestiones culturales o de anomia social. Ha sido particularmente significativo el esfuerzo laboral puesto por los jóvenes de los sectores de más bajos ingresos en dirección a superar las condiciones familiares y personales de desempleo y pobreza. Sin embargo, tal esfuerzo no tiene resultados compensatorios; ni las probabilidades de éxito tienden a distribuirse en forma equitativa al interior de la estructura social (Salvia, 1997).

En nuestro país sobran ejemplos de la exclusión social de los jóvenes, un primer ejemplo lo constituye el ámbito educativo.

En lo que se refiere a la deserción escolar, se destaca que del porcentaje de jóvenes que en el año no asistían a la escuela, 97 por ciento (Narro, 2002) abandonó los estudios en algún momento de su trayectoria escolar (excepto aquellos que concluyeron una carrera del nivel medio superior), convirtiéndose en desertores del sistema educativo, de los cuales, quizá una alta proporción se encuentre en rezago educativo, esto es, no cuenta aún con la secundaria terminada.

De los jóvenes que desertaron del sistema educativo, 35.2 por ciento lo hicieron por causas económicas (falta de dinero o porque tenía que trabajar). La falta de dinero o la necesidad de trabajar son causas de deserción escolar en una proporción importante de jóvenes; esto aparece íntimamente ligado a la condición social y económica de las familias, aunque también es importante la función misma de la escuela y del sistema educativo, que puede contribuir a reducir este problema otorgando becas escolares o instaurando programas flexibles para alumnos que trabajen y estudien, entre otras acciones que puedan realizarse.

La Encuesta Nacional de la Juventud 2000¹ (ENJ) señala que entre los 12 y los 14 años de edad no acuden a la escuela 11.6 por ciento de adolescentes; de los 15 a los 19 años de edad no acuden 41.3 por ciento, y que al llegar a los 19 años de edad más de 75 por ciento de jóvenes ha abandonado la escuela por motivos económicos y falta de acceso en su localidad, principalmente. El problema de la asistencia a la escuela es la necesidad de preparación más especializada en los centros de trabajo. En México, cuando los adolescentes

¹ Realizada por la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Mexicano de la Juventud y el Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, los resultados fueron publicados en agosto de 2000.

cumplen 19 años de edad, han abandonado la escuela cerca de 89 por ciento de ellos.

Un segundo ejemplo es la falta de puestos de trabajo o las malas condiciones laborales cuando los jóvenes logran un empleo, ya que en la actualidad los adolescentes forman una parte importante de la población económicamente activa. Cada año se agregan al mercado de trabajo personas menores de 20 años de edad y para el año 2000 los hombres menores de 19 años que participaban en el campo laboral eran cerca de 44 por ciento del total de ellos; en tanto que sólo 24 por ciento de las mujeres trabajaban; incluyendo jóvenes sin distinción de género, 35.8 por ciento del total trabajaban entonces. La tasa de participación en el campo laboral varía de acuerdo con la edad, sin embargo, es de notar que ocho por ciento de adolescentes de 12 a 14 años de edad ya se encuentran en el mercado de trabajo siendo esto más notorio en los hombres. En adolescentes de 15 a 19 años de edad, la tasa de participación promedio es de 35 por ciento.

El que los adolescentes participen en los procesos productivos tiene implicaciones diversas en cuanto a la calidad del trabajo que asumen, y este es el problema en realidad, ya que la calidad del trabajo desde nuestra perspectiva de salud debe contar con los siguientes atributos: tener jornadas de trabajo acordes con la edad del sujeto, contar con un salario equitativo, tener derecho a la seguridad social, tener normas básicas de seguridad e higiene acordes con la ley y contar con prestaciones adicionales. Muchas de las cuales no se cumplen en su mayoría.

Los adolescentes que se agregan a la planta laboral en nuestro país lo hacen por problemas económicos de la familia y la sociedad, lo que es seguido del abandono escolar, además de la forma en la que ellos se desempeñan cuando son económicamente inactivos.

Otro de los problemas que se relacionan con lo anterior—y que aún tiene que ver con los aspectos de exclusión— es la falta de salud y orientación para los adolescentes. El acceso a los servicios de salud en la población es medido a través de la derechohabiencia (DH) a la seguridad social. Entre la población general, la DH es de 40 por ciento para todo el país, aunque para adolescentes de 10 a 19 años de edad es tan sólo de 35.6 por ciento. De todos los adolescentes, el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) asegura solamente a 28.4 por ciento y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE) a 5.6 por ciento, porcentajes inferiores a aquéllos de la población general. No existe ninguna estadística confiable que nos permita conocer la intensidad de uso de los servicios de salud en sus diferentes

modalidades por parte de adolescentes; solamente el Sistema de Información en Salud para Población Abierta 2000 nos permite apreciar que siete por ciento de toda la consulta externa de primer nivel de atención nacional es ofrecida para la población de entre 10 y 19 años de edad.

Una de las causas de que la mayor parte de la población juvenil no tenga acceso real a los servicios de salud es que no está asegurada por carecer trabajo o porque no se encuentra estudiando.

Ahora bien, estos problemas estructurales de la sociedad mexicana tienen bastante relación con el aumento de la delincuencia juvenil y con la percepción social de la problemática. Por ejemplo, la Encuesta de Victimización y Percepción de la Seguridad Pública Nacional Urbana (EVPSPNU),² elaborada por la Unidad de Análisis sobre Violencia Social del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y México Unido contra la Delincuencia, mostró una serie de resultados acerca de la percepción de la inseguridad y delincuencia en México. De esta manera se observó que aunque mucha gente tiende a atribuir la delincuencia a la falta de oportunidades de desarrollo, existen, diferencias en cuanto al lugar que ocupa esta concepción, pues se da una variación dependiendo la edad, la escolaridad y el estrato socioeconómico al que pertenecen los entrevistados.

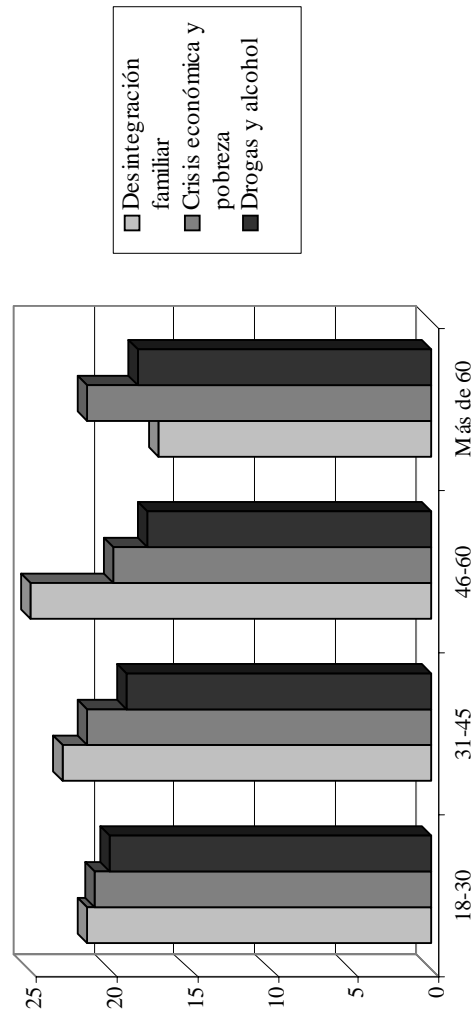
Al diferenciar las respuestas por grupos de edad, encontramos que la mayoría de la población considera como la principal causa generadora de delincuencia la desintegración familiar, quienes más piensan así están ubicados en el grupo de edad de 46 a 60 años.

El único grupo de edad que consideró la crisis económica y la pobreza como desencadenadoras de la conducta delictiva fue el de los adultos mayores de 60 años.

Los jóvenes y adultos de menos de 60 años consideraron como segundas causantes de la delincuencia a la crisis económica y la pobreza, seguidas por el alcohol y las drogas; pero para las personas mayores de 60 años el segundo lugar lo ocupan las drogas y el alcohol, seguidos de la desintegración familiar. Este comportamiento de los datos se puede explicar en parte porque los menores de 60 años conforman principalmente la fuerza productiva y al mismo tiempo los desempleados.

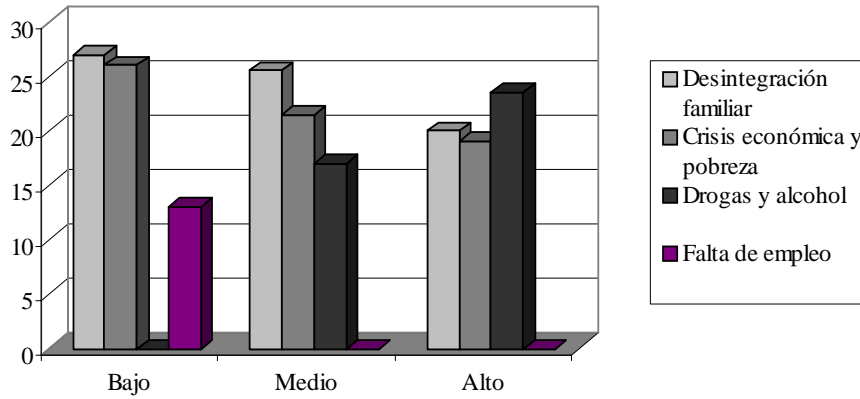
² Que se levantó del 26 de septiembre al 30 de octubre del 2000, por la empresa ACNielsen, y que registró delitos cometidos en el periodo de agosto de 1999 a agosto de 2000.

GRÁFICA 1
PERCEPCIÓN DE LAS CAUSAS DE LA DELINCUENCIA,
POR GRUPOS DE EDAD



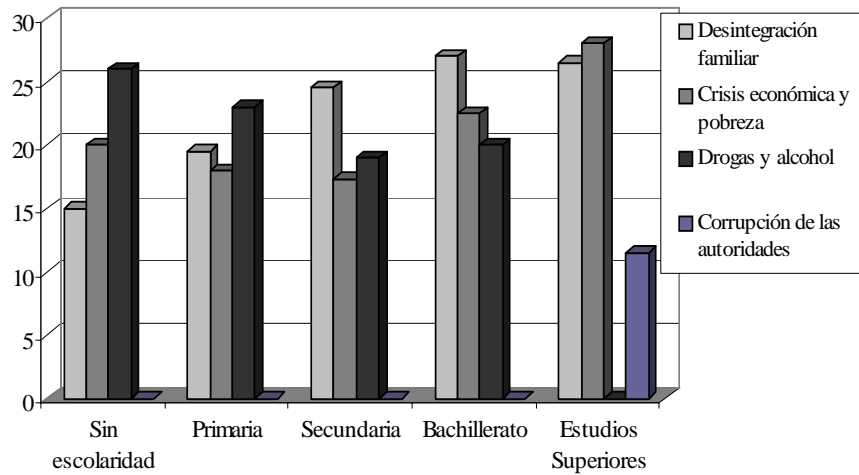
Fuente: Encuesta de Victimización y Percepción de la Seguridad Pública Nacional Urbana (EV/PSPNU) que se levantó del 26 de septiembre al 30 de octubre del 2000.

GRÁFICA 2
PERCEPCIÓN DE LAS CAUSAS DE LA DELINCUENCIA,
POR ESTRATO SOCIOECONÓMICO



Fuente: Encuesta de Victimización y Percepción de la Seguridad Pública Nacional Urbana (EVSPNU) que se levantó del 26 de septiembre al 30 de octubre del 2000.

GRÁFICA 3
PERCEPCIÓN DE LAS CAUSAS DE LA DELINCUENCIA,
POR ESCOLARIDAD



Fuente: Encuesta de Victimización y Percepción de la Seguridad Pública Nacional Urbana (EVSPNU) que se levantó del 26 de septiembre al 30 de octubre de 2000.

Entre los resultados más sobresalientes se puede observar que las personas con nivel socioeconómico alto ven como principal causa de la delincuencia las drogas y el alcohol; las personas de estrato socioeconómico bajo se inclinan más a pensar que la desintegración familiar produce delincuencia, lo mismo ocurre para el estrato medio.

Para las personas entrevistadas que no tienen estudios escolares o primaria, la principal causa de la delincuencia se debe al consumo de drogas y alcohol. Para quienes estudiaron la secundaria y el bachillerato, la principal causa es la desintegración familiar. Y para quienes tienen estudios superiores, la crisis económica es el principal factor, además de que para este grupo la corrupción e ineficiencia de las autoridades judiciales tienen gran peso en la propagación de la delincuencia, y por eso se ubica como tercera causa para ellos.

Aunque se aprecian algunas diferencias entre la percepción de los entrevistados, se observa la existencia de una firme creencia entre la población de que la carencia de esparcimiento, trabajo, salud y bienestar es una causa muy fuerte para desencadenar la delincuencia; sin embargo, no habría que desechar otras posibles causas, ya que sólo el estudio de la relación de todas las variables puede conducir a un análisis más objetivo del fenómeno de la delincuencia, lo cual ayudaría en la planeación de proyectos y de medidas para contrarrestar los efectos y causas de la delincuencia.

Ahora bien, más allá de las causas atribuibles a los fenómenos de violencia, es necesario considerar las perspectivas teóricas sobre la delincuencia y su relación con los jóvenes, así como la manera en que ocurre este fenómeno en México. Estas y otras preguntas intentarán analizarse líneas abajo.

La delincuencia: una estrategia de sobrevivencia juvenil

Delincuencia

La delincuencia es un fenómeno mundial, pues se extiende desde los rincones más alejados de la ciudad industrializada hasta los suburbios de las grandes ciudades, desde las familias ricas o acomodadas hasta las más pobres. Es un problema que se da en todas las capas sociales y en cualquier rincón de nuestra civilización. Es como una plaga que se ha extendido por todas partes, robos, tráfico de drogas, actos de terrorismo, violaciones, asesinatos, violencia callejera, amedrentamiento ciudadano, etcétera.

La delincuencia es una forma de inadaptación social y al producirse esa anomalía se da un desafío a la misma sociedad y a su normativa de convivencia. Pero los caminos que conducen a la delincuencia son múltiples y muy diferentes unos de otros, de ahí que podamos afirmar que la delincuencia es poliforme. Aquí tratamos más bien de la delincuencia agresiva.

La cuestión sobre el concepto de delincuencia juvenil nos obliga, ante todo, a esclarecer dos términos: delincuencia y juvenil, además de ver en su justa dimensión qué es lo que lleva a un individuo a ser calificado y caracterizado como delincuente.

La delincuencia es una situación asocial de la conducta humana y en el fondo una ruptura de la posibilidad normal de la relación interpersonal. El delincuente no nace, como pretendía Lombroso según sus teorías antropométricas o algunos criminólogos constitucionalistas germanos; el delincuente es un producto del genotipo humano que se ha maleado por una ambientosis familiar y social. Puede considerarse al delincuente más bien que un psicópata un sociópata. Para llegar a esta sociopatía se parte de una inadaptación familiar, escolar o social (Izquierdo, 1999: 45).

De tal forma que los delincuentes tienen un denominador común: incapacidad de adaptación al medio social: unos dañan duramente la convivencia social con su comportamiento debido a su íntima estructura, otros no respetan las normas establecidas por no haberse identificado y socializado; otros se enfrentan violentamente contra las normas llegando a un cierto vandalismo intolerable en una sociedad democrática y en un mundo civilizado; otros carecen del espíritu de trabajo y esfuerzo para realizarse como personas. Han surgido siguiendo los derroteros de la ociosidad, el juego, el abandono de la escuela o el trabajo, han consagrado su vida a la diversión desordenada, sin jerarquía alguna de valores y sus acciones llegan al límite de la violencia y a la delincuencia.

Ante todo, siempre se ha considerado que la delincuencia es un fenómeno específico y agudo de desviación e inadaptación. En este sentido, se ha dicho que la delincuencia es la conducta resultante del fracaso del individuo en adaptarse a las demandas de la sociedad en que vive. De tal manera que el núcleo de la delincuencia reside en una profunda incapacidad de adaptación sobre todo con respecto a la integración social.

Sin embargo, la delincuencia es un típico fenómeno de la psicología social. En el problema de la delincuencia debe centrarse en dos estructuras típicas: la estructura individual de la personalidad y la estructura ambiental en la que se ha movido el delincuente.

La estructura individual de la personalidad

Si el delincuente procede de un ambiente civilmente evolucionado, las causas de la violencia hay que buscarlas más bien en un desequilibrio emotivo, de los sujetos, en su propia neurosis, con fuerte represión de la agresividad, en casos de personalidades psicopáticas, con taras constitucionales, en débiles mentales con fuertes conflictos familiares. A veces inciden varias de estas causas. El delincuente se muestra siempre afectivamente inmaduro, con poco equilibrio de impulsos, controles y objetivos con muy poca aceptación de las realidades de la vida y con abandono fácil a fantasías infantiles, cambio frecuente en el tipo y evolución de los intereses emocionales, disminución progresiva en la capacidad para aceptar las causas de frustración y poca maleabilidad en la adaptación a las circunstancias normales de la vida (Izquierdo, 1999: 45).

Se dice que el delincuente muestra una actitud inmadura que se extiende hacia distintas formas de actividad. Para este tipo de individuos el día no es un tiempo que pueden dedicar a su promoción profesional, sino una sarta de ocasiones en búsqueda de una oportunidad de fuga del orden, de la disciplina, de la autoridad. No toleran ninguna forma de humillación ni cualquier amenaza, por pequeña que sea, que suponga un riesgo de su imaginaria superioridad.

Su mismo cuerpo y atuendos ordinarios son todo un signo exterior de la misma inmadurez. Se miran a sí mismos con un fuerte nivel emotivo. En sus vestidos, adornos, tatuajes, dan con frecuencia elementos sádicos o de fuerte intención exhibicionista. Afectivamente pobres, sufren psíquicamente frecuentes estados de ansiedad, sentimientos de culpabilidad y viven en formas de coloración más bien depresiva ((Izquierdo, 1999: 48).

En estas condiciones su vida social está enmarcada en grupos cerrados, donde pueden ser comprendidos y donde de forma directa o indirecta se están viviendo los mismos sentimientos: antiorden, antiautoridad, antidisciplina y antisociedad organizada. En este grupo —banda— encuentran fácil catalización de sus intereses emocionales y de su instinto comunitario, encuentran vivenciados los valores que la otra sociedad conculca y persigue.

Quizá sea esta misma sociedad que llamamos normal —la otra para ellos— la que mantiene estas formas de reacción agresiva e impide la recuperación de un sujeto cuando ha llegado a la delincuencia.

En la sociedad existen unos padres que con mucha frecuencia son incompetentes para su misión de educar, una escuela con gran afán de culturizar

a partir de aumentar la capacidad informativa, pero no ocupada o preocupada de la problemática psicoafectiva de los sujetos que se educan, una sociedad con unas circunstancias económicas laborales, de convivencia, que están apuntando hacia el desajuste, el libertinaje, la indisciplina, etcétera.

El agresivo delincuente no es un ser extrasocial, ya que pertenece de hecho y de derecho al patrimonio de la sociedad donde se da. De ninguna manera puede considerarse como un ser extrajurídico y cada vez que estudiamos este problema debemos catalogar el delito como un hecho social que acusa en forma violenta a la sociedad donde se da y sólo por el hecho de producirse, y esto, tanto más fuertemente cuanto más le rechazan.

La estructura ambiental

Ha sido frecuente considerar el fenómeno de la delincuencia como una realidad exclusivamente individual; sin embargo, la delincuencia es un fenómeno estrechamente vinculado a cada tipo de sociedad y es un reflejo de las principales características de la misma, por lo que, si se quiere comprender el fenómeno de la delincuencia, resulta imprescindible conocer los fundamentos básicos de cada clase de sociedad, con sus funciones y disfunciones.

Por ejemplo, si mejora la situación económica del país, disminuye el índice de desempleo; al disminuir el índice de desempleo, disminuye la delincuencia; además, la mejora de la situación económica a la larga incide positivamente en el índice de escolaridad, y esto trae como consecuencia una disminución en la delincuencia juvenil. Y viceversa, al aumentar la población aumenta la delincuencia juvenil y aumentan los centros de rehabilitación. Al aumentar el índice de drogadicción, aumenta la delincuencia juvenil.

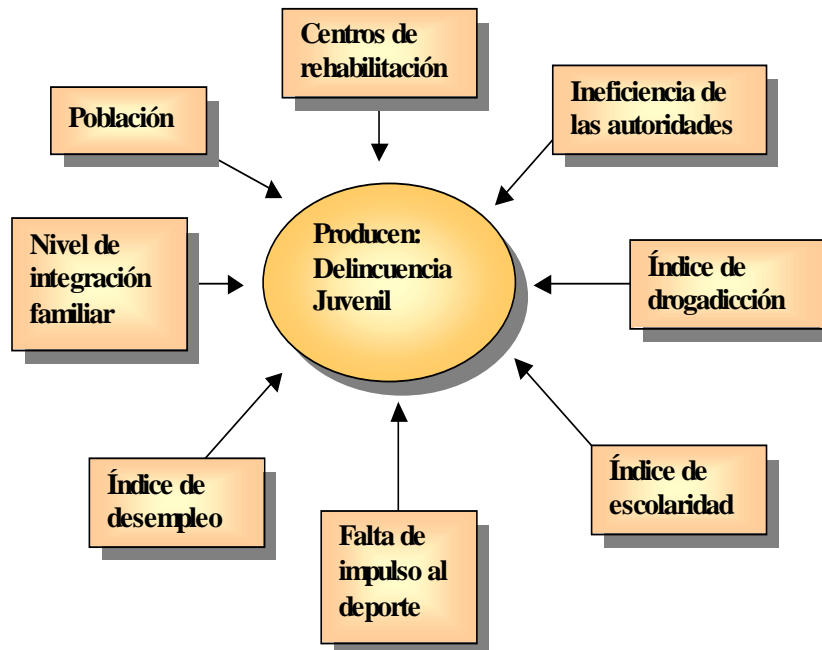
Esto puede verse si se quiere de manera muy determinante, y lo es, en cierta medida, pero lo importante aquí es señalar que los factores sociales determinan en cierta medida la producción de delincuentes y violencia en las sociedades.

En la lista siguiente se puede observar algunas de toda una serie de variables ambientales que se relacionan y afectan el fenómeno de la delincuencia.

1. El índice de desempleo
2. La población
3. La falta de impulso al deporte
4. Índice de integración familiar
5. Índice de drogadicción

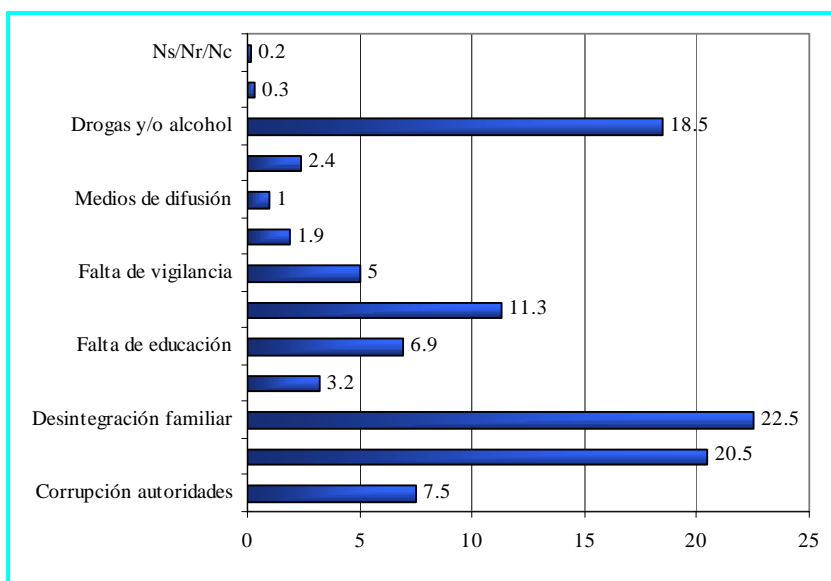
6. Índice de escolaridad
7. Ineficiencia de las autoridades

GRÁFICA 4



A grandes rasgos, puede señalarse que existen cuatro grandes teorías sobre las variables asociadas con la delincuencia. La primera enfatiza los factores relacionados con la posición y situación familiar y social de las personas (sexo, edad, educación, socialización en la violencia, consumo de drogas y alcohol); la segunda se interesa en los factores sociales, económicos y culturales (desempleo, pobreza, hacinamiento, desigualdad social, violencia en los medios de comunicación, cultura de la violencia); la tercera estudia los factores relacionados con el contexto en el que ocurre el crimen (guerra, tráfico de drogas, corrupción, disponibilidad de armas de fuego, festividades) y una cuarta, de corte sobretodo psicológico, que enfatiza los factores de personalidad del delincuente.

GRÁFICA 5
PRINCIPAL CAUSA GENERADORA DE DELINCUENCIA



Fuente: Encuesta de Victimización y Percepción de la Seguridad Pública Nacional Urbana (EVPSPNU) que se levantó del 26 de septiembre al 30 de octubre de 2000.

Para la población mexicana no están nada alejadas de la realidad las teorías e hipótesis que se mencionaron anteriormente, ya que podemos observar en la gráfica 5 cómo entre la percepción de la población se encuentran diversas causas generadoras de actos delictivos, y entre ellas hay varias que se mencionaron.

En general, la principal causa generadora de la delincuencia, para los habitantes de las zonas urbanas del país, es la desintegración familiar, en segundo lugar, la crisis económica y la pobreza, seguida por el consumo de drogas y alcohol. Estos resultados están íntimamente relacionados con las creencias de que la familia es la principal institución formadora de valores y en ella recae la responsabilidad de los actos de sus miembros. Por otro lado, existe la idea de que la actual situación que enfrenta el país en materia económica, política y social ha llevado a un número cada vez más alto de personas a delinquir.

De acuerdo con un estudio realizado por la Universidad Autónoma Metropolitana, la representación que tienen los sujetos de la violencia delictiva está estructurada en el estereotipo y creencias que se tienen del delincuente. A partir de esta representación se va estructurando la explicación otorgada a la delincuencia y de sus efectos sobre la población. En este mismo estudio se encontraron relaciones entre las causas de la delincuencia y las medidas para combatirla.

Por un lado, se encontró a la familia como causa inmediata de la conducta del delincuente. Un delincuente se comporta así porque vive en un ambiente de agresividad: familia, colonia, amigos.

Entre las causas internas se enfatizó la personalidad del delincuente. Aquí los delincuentes tienen mayor responsabilidad de lo que hacen porque este comportamiento es voluntario, de esta manera existe un juicio más desfavorable en cuanto a la posibilidad de combatir el delito, ya que los sujetos tienen la decisión de ser como son y nadie los obliga.

Se encontró también que la droga está asociada a la personalidad del delincuente, sólo que de manera distinta entre las personas que han sido victimizadas y las que no. Los victimizados piensan que los delincuentes usan el dinero para comprar droga. No existe una excusa razonable para delinquir. Por otro lado, los delincuentes actúan bajo la influencia del alcohol y por lo tanto no son conscientes de lo que hacen. Además de que la droga les da fuerza para delinquir y para actuar sobre otra persona.

Otra causa externa y no atribuible al delincuente es la corrupción en las autoridades encargadas de la impartición de justicia. Esta corrupción provoca injusticia e impunidad porque la mayoría de los delitos no son resueltos y los delincuentes salen libres con una “mordida”.

Otra de las explicaciones brindadas fue que la situación que impera en el país (pobreza, el desempleo, etc) obliga a delinquir. Aquí, si se quiere terminar con la delincuencia, es necesario que primero se resuelva la situación actual del país. La responsabilidad se deslinda de la persona que delinque, el problema no sólo está en ellos, sino en la sociedad en que vivimos. Por ello la delincuencia puede ser reducida creando las condiciones óptimas para que la gente no delinca.

Por lo anterior, la sociedad debe tomar conciencia de que ella misma es, en gran medida, con sus estructuras injustas, responsable de la delincuencia y de la obligación que ella tiene de colaborar intensa y eficazmente en la resolución de la problemática de la violencia y agresividad juvenil. La sociedad debe afrontar el problema de la violencia callejera y la situación actual del

encarcelamiento de los delincuentes jóvenes, no tanto desde aspectos jurídicos y penales y de tranquilidad social, sino desde las causas que la generan.

La prisión en la actualidad es un sinsentido; se trata del último reducto al que debieran acudir los jóvenes delincuentes. La prisión agrava la situación, destruye los valores de la persona y se convierte en enclave de la alienación, cuando no de violencia, soledad, vagancia, incomprensión y amoralidad e inmoralidad. La cárcel es generadora de nuevas y más graves delincuencias. Los estigmas de la prisión son desgarradores y crueles, perduran durante gran parte de la vida y por lo regular el interno queda traumatizado para siempre.

Delincuencia juvenil

Un análisis profundo de la etiología de la delincuencia juvenil nos indica que este fenómeno es con frecuencia una respuesta personal a una agresión social. La sociedad ha negado al joven algo que le era necesario. La culpa del delito debe ser repartida entre la sociedad y el delincuente. La violencia viene a ser una respuesta a ese vacío existencial que experimenta la juventud, es el efecto personal y colectivo de una reproducción social más profunda y más grave.

En algunos jóvenes, la delincuencia es algo transitorio, utilizado para llamar la atención a falta de autodomínio, mientras que para otros se convierte en norma de vida. Cuanto más joven sea el delincuente, más probabilidades, habrá de que reincida, y los reincidentes, a su vez, son quienes tienen más probabilidades de convertirse en delincuentes adultos.

Un estudio realizado por Philip Feldman reseña un análisis sobre relación entre la delincuencia juvenil y la clase baja. Feldman concluye que la clase baja tiene más probabilidad de ser investigada, arrestada por sospechosa, permanecer en prisión, ser llevada a juicio, ser hallada culpable y recibir castigo severo, que cualquiera de las otras clases sociales. Pero aunque la delincuencia continúa ligada a la miseria, su práctica se ha extendido últimamente a los grupos socioeconómicos medios y altos.

La delincuencia juvenil alcanza, de ordinario, su punto máximo entre los 13 y 15 años de edad; pues, es un periodo en el cual el menor tiende particularmente a relacionarse con los otros chicos de su edad. Las actividades ilegales que desarrollan jóvenes se manifiestan más agudamente en la adolescencia, cuando el joven está más capacitado para realizar acciones por cuenta propia.

La influencia del medio en el desarrollo de la delincuencia juvenil es también muy importante, los niños colocados en un medio muy pobre o que viven en condiciones difíciles están fuertemente tentados de descifrar su existencia por el robo o por la búsqueda de consolaciones dudosas. Estas son una de las razones del enorme número de condenas por delincuencia juvenil durante la guerra, las privaciones, los cambios del medio social, la inquietud y el medio han ejercido una influencia disolvente y han dado un golpe a la vida moral, de la cual todavía no se ha repuesto en los ambientes donde hay malas viviendas, donde reina la promiscuidad y la miseria, es donde se encuentran la mayor proporción de delincuentes juveniles.

Lo que podemos establecer es que la violencia actual se nutre de factores históricos, demográficos, psicológicos, económicos y sociales, entre otros, por ello es fundamental definir el concepto de violencia como toda aquella acción u omisión que mediante el empleo deliberado de la fuerza, ya sea física o emocional, logre o tenga el propósito de someter, causar daño u obligar a un sujeto a efectuar algo en contra de su voluntad.

La violencia, teniendo a los jóvenes como víctimas o victimarios, está íntimamente vinculada a la condición de vulnerabilidad social de estos individuos. La vulnerabilidad social es tratada aquí como el resultado negativo de la relación entre la disponibilidad de los recursos materiales o simbólicos de los actores, sean individuos o grupos, y el acceso a la estructura de oportunidades sociales, económicas, culturales que provienen del Estado, del mercado y de la sociedad.

Este resultado se traduce en debilidades o desventajas para el desempeño y movilidad social de los jóvenes. El no acceso a determinados insumos (educación, trabajo, salud, ocio y cultura) disminuyen las posibilidades de adquisición y perfeccionamiento de esos recursos que son fundamentales para que los jóvenes aprovechen las oportunidades ofrecidas por el Estado, el mercado y la sociedad para ascender socialmente. Además, diversas modalidades de separación de los espacios públicos de sociabilidad y la segmentación de servicios básicos (en especial la educación) concurren para ampliar la situación de desigualdades sociales y la segregación de muchos jóvenes. Por otro lado, influyen también los impactos desintegradores de un modelo de crecimiento económico a nivel global y nacional, que ha reforzado la polarización del ingreso y la riqueza entre países y personas, generando pobreza, exclusión y menor bienestar, particularmente para las jóvenes generaciones.

Especialistas en atención a los jóvenes coinciden en que la principal causa que explica ese inquietante fenómeno social tiene que ver con el descenso de la calidad de vida de la juventud mexicana. En México existe una enorme cantidad de jóvenes que son víctimas de un modelo social que conduce a la violencia social, a las drogas y al alcohol, a la deserción escolar y la delincuencia. Muchos de ellos son niños y adolescentes.

En la revista *Proceso* del 9 de mayo del 2002, Elena Azaola, consejera de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, menciona “¿qué se puede esperar de un país donde sólo 17 por ciento de los jóvenes pueden acceder a la universidad, de una ciudad en la que 24 por ciento de la población joven no estudia ni trabaja?” Sostiene que desde 1995, la juventud mexicana no tiene más referentes que la crisis económica, la corrupción, la violencia, los crímenes, y si a eso se agrega el desgaste del tejido social o la patología de los vínculos sociales, la situación resulta peor.

El análisis de la criminalidad en México revela un incremento en relación directa con la cantidad de la población total, en razón de 3.2 por ciento anual, comparado con 2.5 por ciento para el resto de los países del mundo, de acuerdo con cifras de la ONU.

En los últimos seis años, el porcentaje de delitos cometidos por menores de 8 a 17 años y jóvenes de 18 a 29 años, que representan una parte importante de la fuerza productiva del país, registra un insólito crecimiento, particularmente en el Distrito Federal. De acuerdo con datos estadísticos de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF), las mujeres ocupan en la Ciudad de México un porcentaje mínimo en la comisión de los delitos o al ser víctimas. Las involucradas en hechos delictivos apenas representan cerca de cinco por ciento de la población y en algunos delitos como el homicidio sólo uno (Zamora, 2003). Pero a pesar de todo no podemos negar que la violencia social nos ha conducido a una transformación en los roles tradicionales, antes la mujer era vista como un ser débil e incapaz de ejercer violencia; pero aunque todavía aun no se llega a cifras alarmantes en donde la mujer esté por encima del hombre en cuanto generadora de violencia, ya está empezando a hacerse presente en el campo de esta preocupante realidad social (cuadro 1).

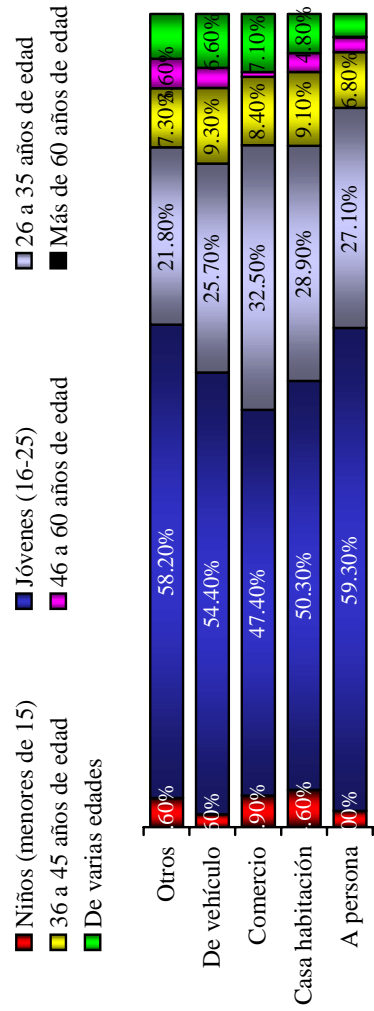
CUADRO 1
CASOS PUESTOS A DISPOSICIÓN DEL CONSEJO DE MENORES POR SEXO,
SEGÚN CAUSA DE INGRESO

Sexo	Total	Allanamiento de morada	Daños en propiedad ajena	Robo	Tentativa de robo	Homicidio
1998	2 556	11	70	1 950	105	69
Hombres	2 323	11	65	1 786	104	66
Mujeres	233		5	164	1	3
1999	2 623	14	55	2 017	130	55
Hombres	2 391	11	52	1 849	127	49
Mujeres	232	3	3	168	3	6
2000	2 516	10	40	1 986	93	39
Hombres	2 235	9	38	1 772	92	32
Mujeres	281	1	2	214	1	7
Sexo	Violación	Tentativa de violación	Intoxicación	Lesiones	Privación ilegal de la libertad	Otras causas
1998	91	6	21	150	8	75
Hombres	90	6	15	108	5	67
Mujeres	1		6	42	3	8
1999	108	7	27	125	11	74
Hombres	106	7	20	93	8	69
Mujeres	2		1 017	32	3	5
2000	101	1	20	129	4	93
Hombres	100	1	18	81	3	89
Mujeres	1		2	48	1	4

Fuente: INEGI, Anuario Estadístico del Distrito Federal, 2002.

Hoy en día, la delincuencia juvenil es mayor a la de otros años, pero con la característica de que se emplea violencia, porque ya no solamente se restringe al delito patrimonial y el uso de la violencia verbal, sino que el menor infractor es más propenso ahora a lastimar físicamente y a humillar a la víctima, siendo ésta la forma de recriminar a la sociedad que le negó la posibilidad de ser un individuo productivo. A continuación se presenta la gráfica 6 en la que se puede observar el tipo de robo según la edad.

GRÁFICA 6
RELACIÓN ENTRE LA EDAD DEL DELINCUENTE Y EL TIPO DE ROBO



Fuente: Elaborada por la Unidad de Análisis sobre Violencia Social, a partir de los datos de la Encuesta Nacional sobre Inseguridad 2002.

El aumento en los índices de delincuencia ha provocado que jóvenes de 21 a 30 años de edad conformen el grueso de la población cautiva en las cárceles capitalinas, según se desprende del Diagnóstico Interinstitucional del Sistema Penitenciario presentado en la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal.

En los últimos siete años el número de reclusos en el Distrito Federal ha pasado de 7 500 a casi 23 000, lo que ha provocado mayor hacinamiento y más corrupción. Es tal la problemática que envuelve a este sector que 15 079 jóvenes de entre 18 y 30 años de edad forman parte de la población penitenciaria del Distrito Federal. Cerca de 65 por ciento de la población de los reclusorios del Distrito Federal tienen menos de 25 años, lo que refleja que no cuentan con alternativas reales de desarrollo (Gascón, 2002). Estos datos pueden observarse detalladamente en el cuadro 2.

CUADRO 2
PRESUNTOS DELINCUENTES Y DELINCUENTES SENTENCIADOS
REGISTRADOS EN LOS JUZGADOS DE LA PRIMERA ESTANCIA EN
MATERIA PENAL

Edad	Presuntos delincuentes		Federal
	Total	Común	
16-17	1	1	
18-19	2 006	1 920	86
20-24	4 475	4 181	294
Delincuentes sentenciados			
Edad	Total	Común	Federal
16-17			
18-19	1 870	1 790	80
20-24	4 120	3 832	288

Fuente: INEGI, Anuario Estadístico del Distrito Federal, 2002.

Al tratar a la delincuencia como uno de los puntos más importantes relacionados con la violencia juvenil, nos damos cuenta del rumbo que puede tomar esta problemática y así crear conciencia de la necesidad urgente de proponer y tomar medidas de solución, una de ellas y quizás la más importante consiste en darle prioridad a la participación de los jóvenes como protagonistas

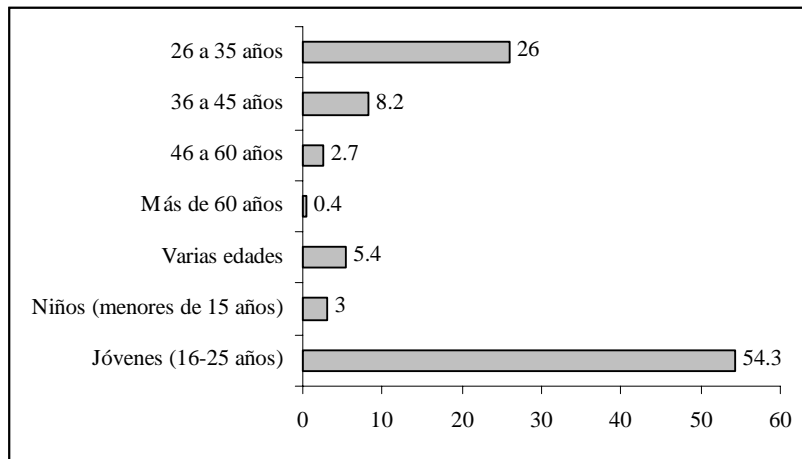
de su proceso de desarrollo, ya que esto resulta una alternativa eficiente para superar la fragilidad de esos actores, sacándolos del ambiente de incertidumbre e inseguridad, pues si bien es cierto que los jóvenes son los que tienen la energía, la decisión, la valentía para violentar, también son los más vulnerables y deseosos de experimentar nuevas formas de existir y ser reconocidos por otros individuos.

La Encuesta Nacional de Inseguridad realizada por el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre la Inseguridad mostró que 54.3 por ciento de los delincuentes tienen entre 16 y 25 años de edad, es decir, que más de la mitad de los delincuentes son jóvenes. Solamente tres por ciento son niños menores de 15 años.

Estos datos demuestran que los jóvenes recurren a la delincuencia, siendo el robo o salto a persona el delito en que más incurren, con 58.2 por ciento de los casos, utilizando para la perpetración del hecho delictivo navaja o cuchillo en la mayoría de los casos.

Entre otros datos podemos ver que la delincuencia juvenil está aumentando cada vez más, por ejemplo, de acuerdo con las estadísticas de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, tan solo en el primer trimestre de 2002 se ha duplicado la cantidad de menores delincuentes con respecto al mismo periodo de 2001.

GRÁFICA 7
EDAD DE LOS DELINCUENTES SEGÚN ENSI-2



Las edades de estos menores oscilan entre los 12 y 17 años, y los delitos en los que más participan van desde asalto a automovilistas y taxistas, hasta robo de vehículos y secuestro.

Más alarmante resulta aún que de las 88 bandas reportadas y desmanteladas por la PGJDF, 9.9 por ciento son encabezadas y operadas por menores en su totalidad, y en 33 de ellas participaban jóvenes de 12 a 17 años. De los 578 menores detenidos en ese primer trimestre, 80 por ciento tenían entre 15 y 17 años de edad.

Hasta el momento se ha considerado a los jóvenes como generadores de violencia, sin embargo, debemos reconocer que este grupo también ha sido víctima de esta problemática. De esta manera los jóvenes no sólo deben ser vistos como victimarios sino también como víctimas.

Como se ha mencionado anteriormente, existen factores que dejan a los jóvenes excluidos de las estructuras formales (empleo, educación, servicios de salud, familia, etc), lo que trae consigo otros problemas para la sociedad y para los jóvenes mismos. Tal es el caso de aquellos jóvenes que son orillados a recurrir a prácticas ilegales para resolver sus problemas económicos (robos, secuestros, narcotráfico, prostitución, etcétera.)

Sin embargo, existen otra serie de factores que se relacionan con la delincuencia juvenil y que son vistos de cierta manera también como factores de riesgo, algunos de los cuales ya se mencionaron líneas arriba, pero que valdría la pena ver con mayor profundidad.

Entendido el factor de riesgo como una característica o circunstancia cuya presencia aumenta la posibilidad de que se produzca un daño o resultados no deseados, las y los jóvenes, por diversas circunstancias ambientales, familiares e individuales, frecuentemente desarrollan conductas que son vistas como factores de riesgo.

Las conductas de riesgo, que a su vez pueden constituir daños más comunes son: adicciones, (tabaquismo, alcoholismo y drogadicción), exposición a ambientes peligrosos y violentos, que asociados potencializan la probabilidad de que las y los adolescentes sufran accidentes, suicidios y homicidios, entre otros. Otras conductas de riesgo importantes son las relaciones sexuales sin protección, que pueden llevar a infecciones de transmisión sexual como el VIH/sida, y también a embarazos no planeados. También la mala alimentación, que predispone la desnutrición u obesidad.

Ahora bien, por el fenómeno que estamos analizando, la delincuencia juvenil, sólo nos referiremos a algunos de los factores de riesgo que tienen mayor relación —según los teóricos del fenómeno delictivo.

Adicciones

Son muchas las vidas que se pierden en nuestro país todos los días motivadas por efecto del consumo de productos adictivos y por las enfermedades y la violencia que se genera en torno a ello. Accidentes, padecimientos crónicos, incapacidad física y mental, desintegración familiar, delitos sexuales, corrupción, todo repercute directamente en la salud integral de la sociedad.

La adicción es la actividad compulsiva y la implicación excesiva en una actividad específica. La actividad puede ser el juego o puede referirse al uso de casi cualquier sustancia como una droga. Las adicciones pueden causar dependencia psicológica, o bien, dependencia psicológica y física.

El desarrollo de la adicción se facilita por factores sociales que modifican su aparición. También existen aspectos sociales en los grupos de uso y adicción específicos.

La adicción impacta de tal manera la vida del adicto que sus sistemas de valores cambian para convertirse en toda una cultura diferente, con sus propias creencias y rituales. Para los adictos, la actividad relacionada con las drogas llega a ser una parte tan grande de la vida diaria que la adicción interfiere generalmente con la capacidad de trabajar, estudiar o de relacionarse normalmente con la familia y amigos. En la dependencia grave, los pensamientos y las actividades del adicto están dirigidas predominantemente a obtener y tomar la droga, llegando a un punto tal que el adicto puede manipular, mentir y robar para satisfacer su adicción.

Los adolescentes pueden estar involucrados de varias formas con el alcohol y las drogas legales o ilegales. Es común experimentar con el alcohol y las drogas durante la adolescencia, desgraciadamente, con frecuencia los adolescentes no ven la relación entre sus acciones en el presente y las consecuencias del mañana. Los jóvenes tienen la tendencia a sentirse indestructibles e inmunes hacia los problemas que otros experimentan. El uso del alcohol o del tabaco a una temprana edad aumenta el riesgo del uso de otras drogas posteriormente. Algunos adolescentes experimentan un poco y dejan de usarlas, o continúan usándolas ocasionalmente sin tener problemas significativos.

Otros desarrollarán una dependencia, usarán drogas más peligrosas y causarán daños significativos a ellos mismos y posiblemente a otros.

En México, por ejemplo, hay 3 millones 241 mil consumidoras de alcohol, cigarro y drogas ilícitas. En promedio, la mujer inicia su consumo a los 15 años, lo que nos muestra nuevamente que estamos siendo testigos de una etapa en la que los roles tradicionales están cambiando de manera negativa en lugar de positiva, la mujer anteriormente presentaba índices bajos de adicción a drogas, alcohol o cigarros; ahora compite activamente con el hombre. De acuerdo con diversos estudios, esto se vincula a la búsqueda por disminuir los efectos de una relación social que frustra o violenta su posición en ella. Es por ello que ahora el consumo de narcóticos no sólo es un problema de salud pública, sino también de seguridad pública (Ruiz, 2003).

Estas adicciones han generado un incremento de los problemas de salud mental en los jóvenes. Los datos disponibles indican que los problemas mentales están entre los que contribuyen a la carga global de enfermedades y discapacidades. Los niños y adolescentes constituyen un grupo que vive en condiciones o circunstancias difíciles que los ponen en riesgo de ser afectados por algún trastorno mental. Se reporta que la depresión, los intentos suicidas y la ansiedad se encuentran entre los trastornos más frecuentes, aunque la causa más importante de mortalidad entre adolescentes de 15 a 19 años de edad es por accidentes y violencia.

CUADRO 3
MORTALIDAD GENERAL EN ADOLESCENTES DE 10 A 14 AÑOS DE EDAD.
MÉXICO: 1998-2001. TOTAL DE POBLACIÓN DE 10 A 14 AÑOS AL 14
DE JUNIO DE 2002 = 11 105 434

Causa	No.	Tasa
Accidentes vehículo y tránsito	1 895	17.1
Agresiones y suicidios	1 638	15.2

Fuente: INEGI, 2001, Mortalidad en México.

Las causas accidentales y violentas más frecuentes son los accidentes de tránsito y el suicidio. Estas causas cuentan con pocos recursos asignados para su tratamiento y, sin embargo, constituyen más de 80 por ciento de los casos de muerte que son prevenibles.

Entre los adolescentes, estas estadísticas de mortalidad evidencian tres fenómenos importantes para la transición epidemiológica, es decir, para su crecimiento y propagación. El primero de ellos tiene relación con la aparición de violencia, accidentes, homicidios y suicidios, efectos en la salud derivados del medio ambiente social, tránsito, urbanismo y conductas de riesgo y estilo de vida de los adolescentes, lo cual corresponde necesariamente a aspectos sociales y económicos englobados en la pobreza y la marginación.

El suicidio en adolescentes adquiere cada vez mayor interés para los profesionales de la salud, y el reconocimiento de los factores de riesgo asociados, de las opciones de tratamiento y de las estrategias de prevención se revelan como aspectos esenciales en el manejo global. Son más los adolescentes que las adolescentes que logran morir, pero son más las adolescentes que lo intentan. Se ha identificado que tras cada suicidio conocido hay 50 intentos que no se logran detectar y, por supuesto, no se toma ninguna medida de apoyo para los que lo realizan. En 1989, Stillion, Mc Dowell y May propusieron un modelo de la trayectoria del suicidio, que comprende cuatro categorías de factores de riesgo que contribuyen al pensamiento suicida: los aspectos biológicos, los psicológicos, los cognitivos y los ambientales.

El suicidio es la acción de quitarse la vida de forma voluntaria y premeditada. Durkheim da una definición objetiva del suicidio, eliminando las posibles alteraciones que las palabras sufren al incluirse en el vocabulario cotidiano. Así, define el suicidio como toda muerte que resulta mediata o inmediatamente de un acto positivo o negativo realizado por la misma víctima. Tras dar esta definición observa en su argumentación que pueden quedar incluidos los hechos accidentales, así establece la siguiente matización: “Hay suicidio cuando la víctima, en el momento en que realiza la acción, sabe con toda certeza lo que va a resultar de él.”

El comportamiento de la actividad suicida comprende la autodestrucción total (muerte), la autodestrucción (no muerte), la mutilación y otras acciones dolorosas y no dolorosas, las amenazas, indicaciones verbales de las intenciones de destruirse, depresión e infidelidad y pensamientos de separación, partida, ausencia, consuelo y alivio.

El suicidio en la juventud ha aumentado y algunos se lo atribuyen al abuso de las drogas y el alcohol, es más acertado afirmar que los mismos factores que llevan a las personas al alcohol o a las drogas las lleven a intentos de cometer actos suicidas. Los factores de aislamiento social o psicológico y los estados depresivos tienen una mayor importancia en momentos de cometer el suicidio.

El aislamiento psicológico producido a veces por la ruptura de los lazos afectivos, por las carencias de afecto o por la frustración de determinadas expectativas.

Desde el punto de vista ético, la causa más inmediata suele ser la desesperación, situación extrema a la que se llega por diversas influencias. Dejando de lado los casos patológicos (trastornos mentales habituales o esporádicos de difícil valoración moral) y el reconocimiento de la frialdad y cálculo, muy pocas veces coexisten con un gesto contrario al instinto de conservación del hombre.

El suicidio entre los adolescentes ha tenido un aumento dramático, ya que aunque en el grupo de edad de 15 a 24 años el suicidio en términos absolutos es raro, desde mediados del siglo tiene una tendencia a aumentar paulatina y progresivamente, pasando a constituir un problema de salud pública. Recientemente, estudios señalan que el suicidio es la tercera causa de muerte más frecuente para los jóvenes de entre 15 y 24 años de edad.

CUADRO 4
MORTALIDAD GENERAL EN ADOLESCENTES DE 15 A 19 AÑOS DE EDAD.
MÉXICO: 1998-2001

Causa	No.	Tasa
Accidentes vehículo y tránsito	4 544	43.2
Agresiones y suicidios	6 709	63.8

Fuente: INEGI, 2001, Mortalidad en México.

Los adolescentes experimentan fuertes sentimientos de estrés, confusión, dudas sobre sí mismos, presión para lograr éxito, incertidumbre financiera y otros miedos mientras van creciendo. Durante el periodo de 1970 a 1994, la tasa de suicidios en ambos sexos pasó de 1.13 por 100 000 habitantes en 1970 a 2.89 por 100 000; en 1994 aumentó 156 por ciento, con mayor fuerza para la población masculina. En términos de la mortalidad proporcional, el suicidio pasó de 0.11 a 0.62 por ciento de todas las defunciones.

Éstos son sólo algunos de los factores de riesgo que se encuentran de manera más íntimamente relacionada con la delincuencia juvenil y que sin lugar a dudas muestran cierto aumento en la población joven de nuestro país.

Existe un consenso claro entre autoridades federales, locales y especialistas en el tema, en que la delincuencia juvenil es consecuencia del grave deterioro

de la calidad de vida que resiente de manera especial el sector joven de la población. Explican que en lugar de tener a la mano alternativas que garanticen su desarrollo, adolescentes y jóvenes de entre 15 y 24 años están condenados, de antemano, a subsistir en medio del desempleo, la violencia intrafamiliar, el consumo de drogas y alcohol, y la deserción escolar, en suma, de la pobreza.

En ese sentido, la delincuencia juvenil tiene que ver con la baja en la calidad de vida de los mexicanos, particularmente de la juventud. Por ejemplo, un dato importante es que en México entre 35 y 40 por ciento de los adolescentes viven en hogares de extrema pobreza. La gran mayoría viven en familias con madre y padre, pero 26.6 por ciento han salido del hogar paterno.

La Encuesta Nacional sobre Inseguridad³ mostró que 4.3 por ciento de los delincuentes tienen entre 16 y 25 años de edad, es decir, que más de la mitad de los delincuentes son jóvenes, mientras que tres por ciento son niños menores de 15 años. Los principales actos delictivos en los que han participado menores de edad son los siguientes: delitos contra la salud, violación, robo a casa habitación, robo a vehículo, robo a negocio, lesiones por golpes y otros delitos.

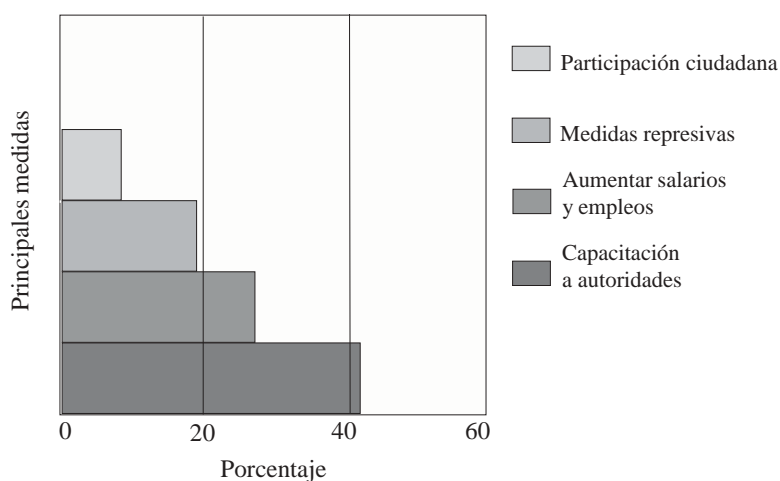
Este fenómeno continuará y seguirá incrementándose mientras el beneficio privado, el afán de lucro, el despilfarro y el sistema capitalista deifique la posesión del dinero al mismo tiempo que ponga barreras infranqueables a masas de población que subsisten, en la miseria y en la marginación.

Por lo anterior, nos damos cuenta de que es urgente dar prioridad a la participación de los jóvenes como protagonistas de su proceso de desarrollo, ya que esto resulta una alternativa eficiente para superar la vulnerabilidad de esos actores, sacándolos del ambiente de incertidumbre e inseguridad, pues si bien es cierto que los jóvenes son los que tienen la energía, la decisión, la valentía para violentar, también son los más vulnerables y deseosos de experimentar nuevas formas de existir y ser reconocidos por otros individuos.

La delincuencia juvenil no se arreglará con abrir más cárceles y retirar a los jóvenes de la vida social llevándolos a la cloaca de la sociedad, ni con la brutalidad policiaca o el sobre endurecimiento de las penas aplicables a los delincuentes jóvenes.

³ Realizada por el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre la Inseguridad A. C del 2 al 24 de marzo de 2002, con un nivel de confianza de 95 por ciento y un margen de error del +/- uno por ciento, representatividad nacional y estatal con 35 001 cuestionarios.

GRÁFICA 8
MEDIDAS PARA REDUCIR LA DELINCUENCIA



Medidas para reducir la delincuencia

Abolir la delincuencia juvenil implica la implantación de un sistema jurídico y penal para ese sector de la población, así como de voluntad política e imaginación de las autoridades. Es necesario considerar el tratamiento de menores de edad, con base en los diferentes instrumentos internacionales en la materia, que antes de criminalizar a los infractores tengan en cuenta las causas que propician que los jóvenes incurran en conductas antisociales.

El Estado debe de tener como objetivo la rehabilitación social del joven infractor y no restringir la política de readaptación social al encarcelamiento. En ese sentido, son fundamentales los procedimientos alternativos: casas hogar, escuelas de artes y oficios y talleres. Para ello se debe partir de la premisa de que los adolescentes tienen mayor posibilidad de cambiar su conducta en virtud de que su personalidad está en proceso de formación.

Hay que buscar nuevas formas para prevenir el delito mediante la recreación y apertura de espacios destinados a los jóvenes, para que tengan en qué ocupar su tiempo libre, ya que no existen espacios culturales o deportivos que los

guíen hacia formas de vida en favor de una sociedad comunitaria, que viva en armonía y paz.

Reflexiones finales

En la actualidad, la globalización genera una paradoja, toda vez que establece una identidad mundial por el reconocimiento de valores universales, pero también crea antivalores comerciales consumistas, basados en gran medida en la violencia y el sexo, con lo cual permea las formas de vida de las diferentes sociedades.

A nadie se le oculta que en los últimos años se han ido abandonando las tareas de formación de la juventud. Lo lamentable es que el esfuerzo que se precisa limita a los educandos y por eso padres y educadores se acomodan a un antiguo patrimonio intelectual y ético, normalmente recibido, reelaborado y ampliado. Desde este nivel ínfimo desarrollan su labor educativa y la poca formación que el joven recibe en este terreno está viciada y arrastra una carga negativa de errores y simplezas de la sociedad actual.

De esta manera, la sociedad actual se convierte en la sociedad de la tentación para los jóvenes, potencia una sutil ideologización hábilmente dirigida desde el poder, con lo que los jóvenes han perdido el sentido real de la vida y se han precipitado en un ambiente donde se palpa el desencanto, la decepción, la desorientación y el absurdo. Por ende, parte de la juventud ha perdido la confianza en el futuro, en el Estado y en la sociedad. Y una juventud sin futuro es una generación que nace muerta, sin porvenir, sin esperanza. La droga, el alcohol, la delincuencia y el vandalismo callejero son síntomas muy expresivos.

Hoy, el fenómeno juvenil sigue inquietando, al mismo tiempo que la incompreensión de los adultos alcanza grados mayores. Aunque la juventud es más crítica y menos ilusionada; pareciera no tener proyectos ni alternativas claras. Desea cambios, pero no ve caminos, debido a que están vedados por el sistema económico, político y social en el que se encuentran inmersos.

Se ha llegado a despreciar a los jóvenes hasta el extremo de quererlos eliminar y excluir de los marcos de influencia y de las decisiones importantes de su entorno. Sin embargo, los jóvenes reclaman su derecho a la diferencia, a la discordancia y a la discrepancia; es decir, con su praxis, los jóvenes reclaman el reconocimiento de su existencia autónoma, el respeto a sus formas y estilos de vida; así como el derecho a la interlocución, a ser tomados en cuenta y a la

participación. En pocas palabras, los jóvenes, con su praxis, demandan una sociedad más tolerante, más diversa, más incluyente, más justa y más democrática.

Existe una violencia patente y oculta que se esconde en nuestra sociedad, no sólo la que se refiere a las personas, sino también a las estructuras; se trata de una violencia que tiende a hacerse cada vez más anónima y, por lo tanto, más difícil de combatir.

No basta únicamente con clasificar y etiquetar a los jóvenes y sus acciones, como lo hacen las instituciones gubernamentales, ya que para la mayoría de ellas existen cuatro tipos de juventud que viven consciente y sistemáticamente en ruptura con la sociedad, mostrándose incapaces de entrar ordenadamente en la marcha de la comunidad y en desempeñar su papel en la vida; esos cuatro tipos son: inadaptados sociales, asociales, posibles delincuentes y delincuentes.

Para las autoridades, todos ellos tienen un denominador común: incapacidad de adaptación al medio social, unos dañan durante la convivencia social con su comportamiento debido a su íntima estructura, otros no respetan las normas establecidas por no haberse identificado y socializado, otros se enfrentan violentamente contra las normas llegando a un cierto vandalismo intolerable en una sociedad democrática y en un mundo civilizado, otros carecen del espíritu de trabajo y esfuerzo para realizarse como personas. Han seguido los derroteros de la ociosidad, el juego, el abandono de la escuela o el trabajo. Han consagrado su vida a la diversión desordenada, sin jerarquía alguna de valores y sus acciones llegan al límite de la violencia y a la delincuencia.

Sin embargo, la delincuencia no debe confundirse nunca con la rebeldía. Una hábil maniobra ha tratado de empequeñecer la sana y justificada rebeldía de la juventud en el mundo, en el seno de una sociedad sin ideas, materialista, brutal, colgando a los jóvenes el sanbenito de delincuente.

Sin una juventud rebelde y preocupada, que quiera dar siempre su propio nervio a la sociedad en que viva, pocos pasos adelante se pueden dar. La juventud conformista va a remolque del pensamiento de su generación y pocos valores aporta a la sociedad.

Es un hecho que cuando aumenta la rigidez de la sociedad y las autoridades pregonan que todo está bien y cuando el desfase entre el discurso y la realidad es tan abismal, consciente o intuitivamente mucha gente joven desconfía de las supuestas bondades del mundo que ha heredado. Estos jóvenes se esfuerzan cada día por distanciarse culturalmente de los demás y se rebelan contra la discriminación.

Como podemos ver, la violencia y con ello la delincuencia juvenil, no es producida aleatoriamente, sino que está compuesta por una serie de factores que propician que cada vez más jóvenes adopten la violencia como una forma de vida.

Ahora bien, la delincuencia juvenil en México es básicamente un problema social que no se resuelve con mayor represión ni mucho menos disminuyendo la edad penal. El crecimiento de la delincuencia en un país depende de su desarrollo económico, del nivel de vida de la sociedad y de la interrelación de estos factores con sus condiciones culturales y educativas. El carácter de esta interrelación puede provocar anomia y, por ende, la ruptura de la cohesión social y familiar, lo cual aumenta la incidencia del delito en los sectores juveniles.

Si aceptamos la hipótesis de que a mayor bienestar social crece la solidaridad entre generaciones y con ello disminuye la delincuencia entre los jóvenes, el posible tratamiento del problema tiene dos vertientes, y ambas son responsabilidad principalmente del Estado. Una es competencia de los poderes Ejecutivo y Legislativo, y tiene que ver con construir una nación que posibilite una vida digna a todos sus habitantes: sin pobreza, marginación, discriminación ni racismo, con fuentes de trabajo y salarios decorosos, con escuelas y universidades gratuitas, un proyecto nacional con estos propósitos sería seguramente generador de una juventud comprometida, responsable y confiada en el futuro, y en esas condiciones la delincuencia general y la juvenil en particular tendrían niveles bajos. La otra vertiente corresponde a la administración de justicia y es responsabilidad del Poder Judicial.

Sin embargo, ¿cuál debe ser la política estatal hacia los jóvenes que delinquen? ¿Atacar la raíz del fenómeno o reprimir?

Bibliografía

ABRAMOVAY, M., 2002, *Juventud, violencia y vulnerabilidad social en América Latina: desafíos para políticas públicas*. Banco Interamericano de Desarrollo, Unesco, México.

ARENDRT, Hannah, 1970, "Sobre la violencia", J. Mortiz, México.

BANDURA, Albert, 1975, "Modificación de conducta, análisis de la agresión y la delincuencia", Trillas, México.

BEJAR Navarro y Héctor Rosales, 1999, *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*, Ed. Siglo XXI, México.

- BONILLA Velez y Jorge Iván, 1995, “*Violencia, medios y comunicación: otras pistas en la investigación*”, Trillas, México.
- BOURDIEU, Pierre, 1990, “*La juventud no es más que una palabra*”, Sociología y cultura, Conaculta/Grijalbo, México.
- BOURDIEU, Pierre, 1995, “*Cuestiones de sociología*”, Siglo XXI, México.
- BRITO Lemus *et al.*, 1985, “Conversación con Carlos Monsiváis”, en *Revista de Estudios sobre Juventud*, núm. 5, enero-marzo.
- De VARELA, Karla Hananía, 2001, “Organización Iberoamericana de la Juventud”, en *Millenium* núm.2.
- DOMENACH, J. M, 1981, “La violencia”, en *La violencia y sus causas*, Unesco, París.
- FUNES Jaime, 1995, *La delincuencia infantil y juvenil*, Piados, Buenos Aires.
- GASCÓN, Verónica, 2002, “Aumentan jóvenes en los reclusorios”, en *El Universal*, 28 de noviembre.
- GENOVÉS Tarazaga, Santiago, 1977, *Violencia: una visión general*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- GONZÁLEZ, P. L., 2002, *Percepción ciudadana de la inseguridad*, FCE, México.
- GUINSBERG, Enrique, 1999, *Control de los medios, control del hombre*, Pangea/UAM, México.
- IMBERT, Gerard, 1992, *Los escenarios de la violencia: conductas anómicas y orden social*, La mirada transversal, Icaria, Barcelona.
- INEGI, 2002, Anuario Estadístico del Distrito Federal, 2002.
- IZQUIERDO Moreno, Ciriaco, 1999, *Sociedad violenta: un reto para todos*, Ed. San Pablo, Madrid.
- La JORNADA, 2003, 27 de agosto.
- NAVARRO Sandoval, Norma Luz, 2002, *Marginación escolar en los jóvenes: aproximación a las causas de abandono*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- OTERO, S., 2002, “Jóvenes, 57 por ciento de los delincuentes”, en *El Universal*, 11 de febrero.
- PROCESO, 2004, *Revista semanal*, núm.1426, 3 de marzo.
- REFORMA, 2002, *Menores infractores*, 15 de abril.
- REGUILLO, R, 1999, “Violencias expandidas”, en *Revista de Estudios sobre Juventud*, año 3, núm. 8, enero-junio.
- ROBLES, Fernando, 1999, *Estudios sociológicos: violencia*, México.
- RODRIGUEZ, Ernesto y Bernardo Dabezies, 1990, *Primer informe sobre la juventud de América Latina*.
- RUIZ, Sara, 2003, “Detona el consumo de drogas la violencia y la presión social”, en periódico *Reforma*, 8 de marzo.
- SALVIA, A. *et al.*, 1997, “La exclusión de jóvenes en los noventa. Factores, alcances y perspectivas”, en *I Congreso Internacional de Pobres y Pobreza*, Universidad

La delincuencia juvenil: fenómeno de la sociedad actual /R. Jiménez

Nacional de Quilmes y Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del Conicet, noviembre, Quilmes.

SANTOS Preciado, J. *et al.*, 2003, “La transición epidemiológica de las y los adolescentes en México”, en *Salud Pública Mex*, núm. 45 supl. 1: S140-S152.

TECLA J., Alfredo, 1995, “Antropología de la violencia”, en *Taller abierto*, Sociedad Cooperativa de Producciones, México.

VALENZUELA, A. J. 1997, *Vida de barro duro. Cultura popular juvenil y graffiti*, Universidad de Guadalajara/El Colegio de la Frontera Norte, México.

ZAMORA Ricardo, 2003, “Son mujeres delictivas sólo cinco por ciento de la población”, en periódico *Reforma*, 9 de marzo.